

Estos son cuatro capítulos de la novela, como vista previa en PDF de evaluación para los lectores.

Han sido eliminadas algunas páginas del principio, por lo que esta vista previa no representa ni al libro impreso ni tampoco a su versión en formato de libro electrónico.

Faysal al-Akram

EL JEQUE

Tomo I

J. Alfredo Díaz G.

©Jesús Alfredo Díaz García, 2014.

Faysal al-Akram el Jeque.

Tomo 1.

All rights reserved.

ISBN-13: 9781798729496.

Primera parte de la Tetralogía *Almas Gemelas*.

1ª edición: julio 2014.

2ª edición: febrero 2019. En esta, por motivos editoriales debido a la gran extensión del volumen original, que excedió las 800 páginas, se dividió en dos tomos.

Otras novelas que componen la Tetralogía *Almas Gemelas*:

Segunda parte: *Amina y Zâbir*.

Tercera parte: *La comunión de los ángeles*.

Cuarta parte: *Amanón. El espíritu de la selva*.

Imagen y diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Arte final: Gustavo Adolfo Díaz González.

Fuentes tipográficas utilizadas:

Cuerpo del texto:

EB Garamond family by Georg Duffner;

Cormorant Garamond family by Catharsis Fonts.

Cubierta: Crimson Text by Sebastian Kosch.

Colección El Guardafaro.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Los hechos narrados en esta obra son completamente irreales, fruto de la imaginación del autor. Salvo los personajes históricos, políticos y públicos que pudieran aparecer, cualquier similitud o semejanza con personas de igual nombre que los utilizados en esta obra, y con posibles acontecimientos y situaciones reales, que hayan podido ocurrir en alguna época, será simple coincidencia fortuita.

Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad_g1,2-190305

Tetralogía
Almas gemelas

Primera parte

*Porque hay hombres que se forjan su propia grandeza y
quedan en el corazón de quien los conoce*

La tetralogía *Almas gemelas*.

Cada novela que la conforma es una mezcla de drama humano con sus miserias y grandezas, en la que la nobleza, el valor, el respeto, el desapego y la generosidad se ensalzan y triunfan. Una combinación de hechos novelescos dentro del género de ficción, que abarcan subgéneros como la épica, la caballeresca medieval y el realismo mágico con genios maravillosos y también perversos demonios; situaciones paranormales, leyendas que se entrelazan y difuminan con otras, costumbrismo y también romance de principio a fin. De amores que abarcan muchísimas existencias y que perviven de una en otra en intrincadas y maravillosas relaciones de vida. Todas con un propósito concreto en común, como lo es la preparación de dos almas gemelas y el ulterior despertar del durmiente para el reemplazo cósmico de los milenios.

Son los relatos de los que ahora son Amina y Záhir; también de los que fueron Odiseo y Penélope, así como los de otras alma gemelas y afines más, relacionadas a través de cientos de miles de vidas concentradas en las dos últimas que abarcan un milenio.

La tetralogía se inicia en Siria en el año de 1076 con el primer título: *Faysal al-Akram el Jeque*. Finaliza en época actual con *Amanón, el espíritu de la selva*. En ella y sus selvas se funden en uno el pasado y el presente, los opuestos se tocan y los círculos se cierran.

Almas gemelas está compuesta por cuatro títulos:

Primera parte

Faysal al-Akram, El jeque.

Transcurre entre los años de 1075 al 1094 entre la confluencia del río Jabur con el Éufrates en Siria, y Trebisonda en el sur del

mar Negro, península de Anatolia, que formaba parte de los territorios de lo que modernamente es conocido como el Imperio Bizantino. Trata de la juventud del jeque sirio Faysal al-Akram y de la princesa bizantina Farsiris al-Amira, mística de la Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños, y del numinoso y esperado nacimiento de Amina y su niñez hasta los dieciséis años.

Esta novela se publicó originalmente en julio de 2014, en un solo volumen de más de ochocientas páginas. Posteriormente, por motivos editoriales, en la edición de marzo de 2019 se decidió dividirla en dos tomos.

Segunda parte.

Amina y Záhír, dos almas gemelas.

Se inicia cuatro años más tarde. Transcurre entre el 1096, en el marco histórico de la Primera Gran Cruzada y los sangrientos y brutales hechos del asedio y la toma de Antioquía, hasta el 1132. Discurre entre España, el río Éufrates en Siria y los territorios en el sur del Mar Negro en lo que fue la imponente Trebisonda (actual Trabzon, en Turquía), la ciudad de los palacios, los techos dorados y las hermosas princesas.

Es la huida y la búsqueda del joven español de diecinueve años llamado Elión, hasta encontrar a orillas del río Éufrates a Amina, una joven musulmana de su misma edad y dotada con tan grandes dones de videncia y paranormales como él. Debido a diversos sucesos, él recibirá el nombre árabe de Záhír Malakayn, y se inicia la leyenda de los dos que serían conocidos como los inmortales esposos de la luz. Una novela llena de aventuras y desventuras para los dos jóvenes, en un tórrido romance con cierta dosis de delicado erotismo en las relaciones entre Záhír y la sensual y explosiva Amina. Por la gran extensión de la obra, que superó las tres mil páginas, inicialmente se dividió en cuatro tomos. Por

conveniencias editoriales, posteriormente cada tomo se dividió en dos volúmenes para un total de ocho.

Tercera parte.

La comunión de los ángeles.

Aparentemente desconectada de las otras dos en el tiempo y en la trama, transcurre en época actual en alguna ciudad de España, en un peculiar convento donde los ángeles comen a la mesa. Natalia, una silenciosa joven enferma, embarazada y de oscuro pasado, es acogida en un convento de monjas que encierra ocultos secretos. Allí da a luz a una niña a la que ponen por nombre Angelines. A la hermana Teresa, que llega nueva al convento, la Madre Superiora le asigna el cuidado y educación de la niña. En esa ocupación va siendo testigo de hechos sorprendentes, maravillosos e inexplicables, que la sumen en grandes contradicciones que no se atreve a compartir con nadie. Es informada de la importante misión que tiene aquel convento, y su lejana relación con una orden de caballería y con quienes denominan el Origen y la Gemela: los esposos de la luz.

Unos años después, la hermana Teresa está a cargo del grupo de colegiales con los que Angelines va a realizar la primera comunión. Pero siente una gran inquietud causada por algo muy trascendental que solo ella conoce que va a ocurrir ese día.

Cuarta parte.

Amanón, el espíritu de la selva.

El último título se inicia unos pocos años después de esos hechos. Una novela llena de sensualidad y erotismo en la intensa relación entre Eloy y Amanón, debido a las costumbres pemón

de ella. Una obra que también conjuga hechos de realismo mágico, paranormal y maravilloso, además de mucha acción en la que las mujeres rompen esquemas y resultan ser de armas tomar. Está ambientada en la llamada Gran Sabana y en las selvas del sureste de Venezuela y norte del Brasil. Transcurre entre el colosal macizo del Auyantepuy y su imponente cascada del Salto Ángel, y los pies de los imponentes montes Roraima y Kukenán-tepuy. Vestigios de los pilares que, según algunos afirman, alguna vez sostuvieron el cielo en la época de los gigantes y los Titanes.

En ese mágico y misterioso ambiente del Escudo Guayanés, que es la formación geológica más antigua de la tierra, una antigua orden monástica hospitalaria, distinta a todas, se combina con tribus pemón y una orden de caballería que se creía desaparecida hacía muchos siglos. Son los Templarios Negros, los Custodios, ahora altamente tecnológicos y que cuidan el despertar de aquel que denominan el *durmiente*. Es allí donde Elión y Erra, dios de la destrucción y su eterno perseguidor, se verán las caras en una última batalla.

En esta novela se acrisolan el pasado y el presente, los opuestos se tocan, los círculos se cierran y el plomo se transmuta en oro sólido. Por la extensión de la obra, originalmente se dividió en dos voluminosos tomos que, de nuevo por motivos editoriales, posteriormente se dividieron en dos cada uno y quedó en cuatro. Con ello, esta tetralogía terminó abarcando un total de más de seis mil páginas en quince tomos.

§

Índice

Nombres de personajes no históricos	15
Nombres de los caballos	17
Pesos y medidas	18
CAPÍTULO 1	21
Un gran caballo para un gran viaje	
CAPÍTULO 2	35
Unos ojos y unas misteriosas mujeres	
CAPÍTULO 3	60
Una carrera de caballos y una emboscada sangrienta	
CAPÍTULO 4	79
Un vidente hombre ciego y una historia de amor	
CAPÍTULO 5	111
Un desfiladero mortal	
CAPÍTULO 6	135
Un largo camino persiguiendo un sueño	
CAPÍTULO 7	166
La princesa Farsiris	
CAPÍTULO 8	186
Una agradable hospitalidad inesperada	
CAPÍTULO 9	206
Un paseo a caballo y una declaración de amor	
CAPÍTULO 10	243
Unas condiciones prematrimoniales	
CAPÍTULO 11	273
Un palacio en Trebisonda y una hermosa familia	
CAPÍTULO 12	299
La reina de Trebisonda	
CAPÍTULO 13	335
Una triste despedida para una niña	
CAPÍTULO 14	351
El regreso a casa	

CAPÍTULO 15	385
Muchas consideraciones para una decisión	
CAPÍTULO 16	407
Entre la espada y el abismo	
APÉNDICE	
Transliteración y pronunciación del árabe	443
La lengua árabe.	446
Algunas palabras y términos de interés en árabe.	448
Formación de los nombres árabes.	449
Las notas de pie de página	456
Alfabético de notas de pie de página ampliadas	458

§§

Pesos y medidas

Hacer referencias a medidas antiguas, para mantener el ambiente de la época, siempre ha sido un problema para los escritores, puesto que las mismas variaban considerablemente de una región a otra dentro de un mismo país, cuanto más de uno a otro. En el caso específico de esta novela surgía la interrogante de qué medidas usar. ¿Las que regían en España para la época? ¿Las propias de árabes y musulmanes en general? ¿Las de los bizantinos, de origen griego y romano?

Ya que no se trata de una novela histórica, por más que en algunas de sus partes sí que lo sea, podría haberme dejado de tonterías y optado por el actual sistema métrico decimal. Con ello, muy consciente de que estoy utilizando un anacronismo, perfectamente perdonable, le estaría proporcionando mayor claridad al lector. Finalmente decidí indicar todos los pesos y medidas referidas a las romanas, que eran utilizadas en lo que fuera el Imperio Romano de Oriente, que posteriormente sería conocido como el Imperio Bizantino. Tenemos las siguientes equivalencias:

Un palmus = Medida que era el ancho de la palma de la mano, sin el pulgar, y equivalía a 4 dedos o 7,39 cm. No es lo mismo que el *palmus*.

Una milla = 1,4783 km. (Se puede redondear a 1,5 km)

Una legua = 3 millas o 4,4349 km.

Una libra = 327,45 gr.

En cuanto a la arroba, como medida de peso hemos adoptado la equivalencia de 25 libras o 11,5 kg.

§§

CAPÍTULO 1

Un gran caballo para un gran viaje

—Faysal, este será tu caballo desde hoy.

—Padre, *Alí al-'Azam*¹ es el mejor semental de tu establo.

—¿Qué menos podría ser como regalo para el mejor de mis hijos? Tu yegua ya tiene suficientes años y ha llegado la hora de que la cambies.

—¿Pero por qué *Alí al-'Azam*? Tú tienes otros caballos excelentes sin necesidad de ser este.

—Sí, los tengo, aunque ningún otro macho que se le iguale. Hijo, al largo y peligroso viaje a que tú vas hacia Persia y el Turkmenistán, quiero que te lleves a un animal joven y fuerte. Con *Alí al-'Azam* yo estaré seguro de que no habrá ningún jinete que te de alcance, tampoco que se te escape. El dolor me mataría, hijo mío, si por la falta de un buen caballo murieras o te llegase a ocurrir algo grave.

En el largo establo había varias yeguas y machos, alguno de los cuales bufó. El soberbio caballo árabe-sirio de color ruano negro, prácticamente gris plomo lustroso con tonalidades azuladas, ante el que los dos estaban, los miraba con grandes y negros ojos llenos de inteligencia. Faysal le acariciaba la cabeza.

—Si por mi gusto fuera, hijo, yo te hubiera regalado a *Falak al-Faatina*.

—¿Por qué, padre?, si ella con *Farida al-Faatina* y *Layla al-Jazibiyya* son nuestras mejores yeguas árabes.

1 Sublime el Magnífico.

—Por eso mismo, precisamente por eso mismo.

—¿Y si ese hubiera sido tu gusto, por qué me estas dando a *Alí al-'Azam*?

—Tú no pensarás que no me he dado cuenta del cariño que le has tomado, y todo lo que lo cuidas personalmente.

—Lo cuido como a todos tus caballos, padre. Si como tu hijo yo no velo por tus propiedades ¿quién lo hará?

—Gracias, hijo mío, yo no esperaba nada menos de ti. ¿Pero le has tomado cariño o no?

—Sí.

—¿Y te gustaría tenerlo?

—Sí, no te lo voy a negar.

—Es todo lo que yo quería saber. En cierta forma, a mí me complace tu elección —dijo su padre Hasán.

—¿Por qué razón? —preguntó Faysal.

—Las razones son dos: una es porque tú le darás todo el ejercicio que ese semental necesita para mantenerse en forma. No es dentro del establo en donde a mí me gusta tener a los caballos, ya tú lo sabes. Inmóviles o dentro de un pequeño recinto terminan enfermado. En libertad, ellos no permanecen quietos, sino que recorren muchas leguas cada día. Son como el viento del que Alá los formó, y quieren estar en movimiento y tener el horizonte como límite. La otra razón es que me parece que *Alí al-'Azam* es algo más veloz que *Falak al-Faatina*, o por lo menos es más resistente en distancias largas.

—Eso es lo que me parece a mí también. Aunque nunca los hemos puesto a entrenar juntos, para poder compararlos bien.

—Yo sigo opinando que una yegua es mucho mejor, particularmente en el desempeño en el campo de batalla, pero ante tu apego y gusto por ese macho, yo te lo regalo. De todos modos, él seguirá cumpliendo con sus funciones de semental; todo quedará en casa. ¿No te parece?

—Por supuesto, padre, por eso somos una familia.

—Con sus ocho años y el entrenamiento que ese caballo tiene está listo para afrontar lo que le pidas.

—Sí, yo lo sé bien. Él lo hará entregando el alma.

—Claro que lo sabes. Gran parte del entrenamiento se lo has dado tú mismo y él te ha agarrado afecto. Ninguno de nosotros lo conocemos tanto como tú. *Ali al-Azam* te vendrá muy bien en tu largo viaje plagado de riesgos. Faysal, en tres lunas más cumplirás dieciocho años y estarás de viaje. Tú no solo eres mi hijo mayor, sino que también eres mi orgullo. Este caballo es lo menos que yo puedo darte y quiero que tú lo tengas. Te lo doy hoy porque deseo que lo estrenes mañana en la carrera.

Padre e hijo se abrazaron.

—Muchas gracias, padre mío. Lo acepto con todo placer, ya que ese es tu gusto. Aunque asumo que esto no le va a sentar nada bien a mi tío Husni.

—Yo sé bien de qué pie cojea mi medio hermano. Su posible enfado no me preocupa para nada; mucho menos debe de inquietarte a ti.

—Tranquilo, padre, que a mí tampoco me preocupa.

Faysal y su padre vestían por igual. Calzaban sandalias de cuero crudo y la ropa era toda blanca, con una *zawb*² debajo de la cual llevaban el *sirwal*³. Cubrían la cabeza con un gran *ghutra*⁴ sujeto con una *igal*⁵ que tenía una cola trasera de tres cordones. Hasán preguntó:

—¿Sigues con tu idea de viajar directamente a Samarcanda?

—Sí, creo que será lo más racional —dijo Faysal—. Yo pienso que a no ser que demos con una oportunidad única y no deba

2 Prenda de vestir masculina de manga larga que llega hasta los tobillos. (Ver ampliación en el Apéndice).

3 Pantalón.

4 O también *shumagh* es un gran pañuelo que suele ser de algodón. (Ampliación en el Apéndice).

5 Gruesos cordones circulares, colocados uno sobre otro y siempre de color negro; van encima de la cabeza para mantener sujeto el pañuelo (*shumagh*, *ghutra* o *batta*). (Ampliación en el Apéndice).

dejarse pasar, no tendría sentido ir hacia Samarcanda comprando caballos en el camino, para luego tener que regresar con los animales de vuelta. Mi tío Adil opina igual.

Hasán dijo:

—Por supuesto. Comprándolos de la que regresáis disminuiréis las posibilidades de atraer sobre vosotros, en mala hora, la atención de los bandoleros y salteadores de caminos. Por no hablar de los conflictos entre los turcos Qarajanidas y los selyúcidas.

—¿Cómo están las cosas por allí?

—Samarcanda sigue siendo posesión de los Qarajanidas, que después de Bujará la hicieron la capital del reino occidental. Los selyúcidas todavía no han podido conquistar esa zona. Por las informaciones que hemos recogido, parece que en Samarcanda llevan algunos años de estabilidad y prosperidad, gracias a que es paso del comercio con China, por lo que hay una economía muy floreciente. Si no fuera así, tu abuelo y yo no habríamos planificado este viaje.

—De todos modos, tampoco son tantos animales los que queremos —dijo Faysal.

—Yo me conformaría con encontrar a cuatro o cinco excelentes caballos y yeguas y a media docena de dromedarios. Pero por muy pocos que sean, basta tan solo con que os encontréis con una partida de soldados y que al comandante se le antojen los caballos. Tú sabes cómo es eso. En cuanto a los dromedarios, mientras más al noreste llegues es probable que encuentres menos de ellos y más camellos. Dos o tres fuertes dromedarios machos y otras tantas hembras serían los adecuados para nosotros.

—Si salimos en la fecha que está prevista llegaremos a Samarcanda con tiempo para el gran mercado anual, del que tanto nos han hablado —dijo Faysal—. En el camino de ida iremos viendo qué mercados buenos hay, y trataremos de escuchar en qué lugares se puedan encontrar excelentes camellos y caballos. A la vuelta los iremos revisando y decidiremos si merecen la pena.

Su padre dijo:

—Salvo en las grandes ferias anuales, no siempre en los mercados es donde están los mejores animales. Por lo general, es raro que los más destacados terminen a la venta en un mercado de ganado, particularmente los caballos de buen linaje, tú lo sabes.

—Así es, padre, los dos lo comprobamos la vez que fuimos a tierras de Arabia.

—Los mejores lugares para encontrar los caballos más destacados suelen ser donde se celebre alguna carrera —dijo Hasán.

—Es muy cierto. Por eso es que iremos atentos, preguntando por los sitios donde pueda haber algún animal excelente o ganador de carreras. La gente siempre habla de eso. Los mercaderes y tratantes de ganado es seguro que lo saben. Que un buen animal no esté en venta no quiere decir que no pueda ser vendido, si se pone delante el precio adecuado en el momento oportuno.

—En eso tu abuelo y yo confiamos tanto en tu excelente ojo y criterio como en los de tu tío Adil, que es muy hábil negociando. A ti no nos queda ya nada por enseñarte sobre camellos y caballos, hijo. Tú has aprendido más que ninguno de tus otros tíos y primos, con una dedicación y un gusto únicos. Hijo, tú tienes un don natural, sobre todo para los caballos, y yo no tengo reparo alguno en reconocer que eres el mejor jinete, aunque algunos de tus tíos se molesten.

—¿En especial mi tío Husni?

—Él de primero. Tu abuelo y yo estamos seguros de que, en el futuro, nadie será mejor que tú para hacerse cargo de todo. Hijo, los dos estamos completamente convencidos de que, algún día, tú estás llamado a ser el jeque de nuestro pueblo. Tu rectitud, paciencia, generosidad y profundo sentido de la justicia son bien conocidos. Tanto la gente como nuestros guerreros y los miembros del Consejo Tribal te tienen en gran estima, puesto que siempre estas de conciliador en las disputas y obras con gran sensatez. De los nombres que yo elegí para mis hijos, ninguno ha venido a ser

tan acertado como el tuyo. Alá, bendito sea su santo nombre, debió de haberme inspirado profundamente cuando naciste y te llamé Faysal⁶. Tú serás un gran líder para nuestro pueblo.

—Gracias por tu confianza, padre.

—Yo estoy algo intranquilo, no te lo voy a ocultar. Por más apaciguado que parezca estar todo es un viaje largo y muy peligroso, que tan solo de ida os llevará cinco meses o más hasta Samarcanda.

—No será más largo que cuando los dos fuimos hasta el sur de Arabia —le dijo Faysal.

—Quizás no, pero a Samarcanda es más montañoso y difícil. Yo sé que en trayectos de pocos días te gusta ir rápido. Esta será una distancia de miles de leguas, entre ir buscando de un lado a otro. Por el bienestar de los caballos realiza jornadas cortas, de no más de diecinueve a veinte millas con varias paradas. En cualquier caso, jamás superéis la distancia a un *caravasar*⁷, y si lo hay pasad la noche en él. Es mucho más seguro y confortable que montar un campamento aislado.

—Sí, padre, eso haremos, descuida.

—No dejéis de hacer las jornadas de marcha ordinarias, y sea cual sea la distancia que hayáis necesitado recorrer, dad a los animales sus respectivos descansos. Sus patas puede que no lo necesiten ni ellos estén cansados, pero los músculos de su lomo sí que necesitarán el descanso. Que no solo le vendrá bien a ellos, sino también a vosotros.

Faysal, que había escuchado aquello tantas veces, dijo:

—Sí, padre.

—Recuerda que no vais en una campaña bélica ni en *gazw*⁸.

6 Juez o árbitro.

7 Albergue destinado a dar refugio al final de cada jornada de viaje. (Ampliación en el Apéndice)

8 Golpe de mano, incursión, correría o razia; práctica beduina tendiente, por lo general, a capturar o robar camellos de otras tribus, y que podía derivar en saqueo o en el rapto de mujeres.

—Descuida, padre. Tú me has enseñado muy bien el cuidado que tenemos que darle al caballo. Yo sé lo que les sufren los músculos del lomo por el peso del jinete.

Hasán le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Hijo mío, no se trata de qué tan bien te lo haya tratado de enseñar yo, sino de lo bien que tú lo hayas aprendido. Tú sabes que un caballo en libertad puede recorrer de veinte a veinticinco millas diarias alimentándose y buscando pastos. En invierno, para nuestros caballos no es ningún esfuerzo ir al paso durante toda una jornada de ocho o diez horas, si fuera necesario, y recorrer de veinte a treinta y cinco millas. En el verano es distinto. A ti te agrada combinar el trote con el paso, y con prisa hemos llegado a hacer cincuenta millas diarias, sin ninguna clase de problemas.

»El caso es que un caballo que ya a media jornada vaya cansado, resentido o muy dolorido por el peso del jinete y el ritmo de marcha, no te podrá salvar escapando de una tormenta de arena, de un simún, de un ataque de bandoleros o de cualquier otra circunstancia. El caballo ha de estar fresco en todo momento, listo para dar todo lo que tiene cuando sea necesario y se le pida hacer el esfuerzo.

»Ese es el motivo por el que los beduinos en los desiertos y en las estepas realizan jornadas de unos veinticinco a treinta kilómetros diarios; en cinco jornadas seguidas y a lo sumo seis, y les dan a los caballos dos días de descanso. Si no fueren posibles dos se les procura un día completo. Tú lo sabes. Nuestro sol no es para descuidarse. Faysal, hijo mío, yo estoy muy complacido contigo, pues tienes un excelente criterio para tomar esas decisiones. Ninguno de mis hermanos tiene tal cuidado por su caballo como tú lo tienes por el tuyo, que más bien pareces un pobre cuidando a su único animal.

—¿Cómo no voy a cuidarlo, padre, si mi vida depende por completo de él y, además, lo estimo? Tú no te preocupes, que yo seguiré tus sensatos consejos.

—Yo estoy algo intranquilo, hijo, como te digo. Junto con tus tíos y tu hermano vais a estar afuera muchos meses, quizás un año completo, durante el que aquí nada sabremos.

—Poco o nada podemos hacer en ese sentido. Para mi hermano Ahmad será una gran experiencia, tanto como para mí lo fue ir a Arabia contigo, padre. Él está muy entusiasmado.

Hasán dijo:

—Sí, lo sé. Hijo, ten mucho cuidado y mantén los ojos muy abiertos. Sobre todo sé muy cauto con las preguntas que hagas y más aún con las que te hagan. Llevaréis una gran cantidad de dinero y los maleantes podrán olérselo, si os ven interesados en adquirir muchos animales o si saben que pagáis una gran suma por alguno. Nunca muestres una bolsa llena de monedas, mucho menos si son de oro. Ten siempre una pequeña bolsa extra con unas pocas monedas de plata, para hacer los pagos ordinarios del día. Adil lo sabe bien.

—Yo también lo sé, padre mío. Todos seremos diligentes y pondremos nuestro mayor cuidado, pero yo también confío en el resguardo de Alá el Protector.

—Ahora que miras de nuevo el muro del corral, yo llevaba días por preguntártelo. Te he visto dándole vueltas a la casa por afuera. ¿Qué es lo que ocurre con el muro? ¿Acaso le has notado daños? ¿Está cuarteado en algún lugar?

—Con el muro no ocurre nada. Es solo que me parece que uno de similar altura y grosor debería de rodear toda la casa. Con un gran portón de herrería o de gruesa madera en la entrada principal, al inicio del jardín.

—¿Eso por qué?

—Porque estamos sin ninguna protección. Con un muro perimetral sería mucho más difícil un asalto a la casa.

—¿Quieres convertir esto en una fortaleza amurallada? Ningún jeque beduino tiene su jaima rodeada más que por las dunas y el viento —dijo Hasán.

—No es el mismo caso, padre. No estamos en un oasis en donde la neutralidad es ley y la arena lo es todo. Aquí vivimos en casas y contamos con los materiales adecuados para construir. El abuelo es el jeque, y cuando se quiere dominar a una tribu o tomar una ciudad se va directo a la cabeza.

—El muro de los corrales lo hicimos hace años sustituyendo el viejo cercado, con el fin de tener a los caballos con una mayor seguridad y menos vigilancia. Uno igual, de dos metros de altura también, y tan largo como para rodear los laterales de la casa y los jardines, sería bastante costoso.

—Bueno, una alternativa más corta sería cerrar solamente los jardines, y dejar las propias paredes laterales de la casa como muros, aunque la seguridad sea algo menor —dijo Faysal.

—Incluso así, me parece un fuerte gasto innecesario.

—Quizás fuese un gasto considerable, pero no innecesario, ya que estaríamos mucho más seguros. De todos modos, piensa en ello y convérsalo con el abuelo, padre. La seguridad de las vidas de todos nosotros no puede ser un gasto, sino una inversión a largo plazo. ¿De qué le sirve a un muerto todo lo que ha ahorrado durante su vida?

Un esclavo entró en el establo y anunció:

—Mi señor Hasán al-Amín, el emir Najib al-Wafiq y su hijo Muntasir Ubayd han llegado de Samarra. Los dos se encuentran esperando en el salón.

—¡Ah, perfecto! Tal como esperábamos. Avisa a mi padre. Vamos, hijo, recibámoslos sin demoras.

§ §

Los dos salieron del establo al gran corral trasero, en el que había no menos de una veintena de yeguas sueltas y varios potrillos que se divertían rebrincando. Algunos cuantos aprovechaban la sombra que daban unas altas palmas datileras.

Faysal y su padre entraron en la casa por la puerta posterior, que daba a los corrales, y cruzaron el gran patio, de planta cua-

drada, al que denominaban el patio azul. Situado casi en el centro, era el lugar predilecto para los juegos infantiles y las conversaciones de mujeres, como en ese momento, a la fresca sombra de los amplios corredores que lo circundaban con doce columnas unidas con arcos. En uno de los lados del piso superior, desde una de las ventanas que podían ser abiertas, una mujer hablaba con otras abajo. A través de las finas celosías de madera que cubrían otras de las ventanas, de la pertenecientes a las galerías y a las habitaciones de las mujeres, se entreveía la figura de alguna otra observando.

Algunos niños y niñas corrían descalzos sobre el piso de mosaicos azules decorados con dibujos geométricos y arabescos, en los que por ninguna parte había una sola brizna ni el más pequeño grano de arena. Por los cuatro surtidores de la fuente de lapislá-zuli, situada en todo el centro del patio, surgían los chorros que le daba al lugar su distintivo toque sonoro y refrescante, que tan agradable resultaba para todos.

Un niño, de no más de tres años, caminaba dentro del agua del estanque cuadrado que bordeaba a la fuente. Muy concentrado en cazar algún insecto, apartaba con cuidado los flotantes y primorosos nenúfares. Otro niño, poco mayor, estaba sentado en el brocal de mosaicos azules con dibujos en blanco, amarillo y rojo. Deslizaba sus pies sobre los mosaicos del fondo como si tuviera algún afán en limpiarlos. Eso no le impedía chapotear para salpicar al otro.

Dos de las niñas: una de diez años y otra que ya andaría en los trece, llegaron corriendo y gritaban perseguidas por un niño algo menor. Ellas utilizaron a Faysal y a su padre como barreras para dar la vuelta y escabullirse. Faysal les dijo:

—No corráis tanto, que os podéis caer y luego es que vienen las lamentaciones.

—Salima, hija, tú ya estás algo grande para esas carreras y juegos. ¿No te parece? —le dijo Hasán a la mayor.

—Padre, nunca es tarde para jugar —dijo Faysal—. Tú, hermanito, sal de la fuente, ¿quieres? Y tú también. Si tenéis mucho calor decidles a vuestras madres que os lleven a dar un baño.

Él y su padre se dirigieron hacia uno de los corredores, en el que una puerta daba acceso al gran salón. Faysal, siguiendo una costumbre inconsciente, tocó con la mano izquierda su elaborado arco árabe tímido, con decoración de arco lobulado y alfiz desde el suelo. Le agradaba su textura y gran policromía en la que predominaban los azules y dorados.

Un hombre de unos treinta y cinco años y un joven de trece, acompañados por dos siervos, se encontraban junto al *mirachat* de cobre que expelía un suave y aromático humo que llenaba todo el salón. El hombre vestía una *zawb* de color blanco. Cuando volteó al sentir a los otros, la luz brilló sobre la franja dorada que ribeteaba la negra y fina *bisht*⁹ de pelo de camello, que él usaba encima. El *ghutra* con que cubría su cabeza, sujeto con una *igal* formada por cuatro cordones con tiras de brillante tela de oro, no podía ser más blanco. Unas negras botas de montar completaban el atuendo. El joven vestía de forma similar, solo que en lugar de llevar una *bisht* usaba una capa de color blanco y su *igal* era la tradicional de dos cordones, también sin cola. Faysal y su padre saludaron con afecto:

—*Al-Salamu ‘Alaikum wa Rahmatullah wa Barakatuh*¹⁰.

Los dos visitantes respondieron con igual afecto:

—*Wa ‘Alaikum al Salam wa Rahmatullah wa Barakatuh*¹¹.

—Emir Najib Ibn al-Muqtadi al-Wafiq, es para mí un verdadero placer volver a verte en mi casa. Igualmente a ti, Muntasir Ubayd —les dijo Hasán.

—Para mí también es un placer veros —dijo el emir—. Afuera hemos encontrado a tus hermanos Adil al-Qadir y Husni al-Iqbal.

9 También llamada *mishlab*, es un capa exterior masculina de uso ceremonial. (Ampliación en el Apéndice).

10 Que la Paz de Alá, su Misericordia y Bendiciones sean contigo (árabe).

11 Y contigo sea la paz de Alá, su Misericordia y Bendiciones (árabe).

¿Y cómo vas tú, Faysal? Te veo de lo mejor, tan alto como tu padre. Estás hecho todo un hombre.

—Con el favor de Alá. Aunque ya crezco tan lento que no se nota, mientras que Muntasir parece que cada año lo hace más rápido. Si con trece años ya tienes esa estatura, amigo mío, en un par más ya me habrás alcanzado. Eso me complacerá mucho.

—Cuando te alcance te retaré a una buena pelea —dijo muy risueño el joven.

—Eso me complacerá todavía más. Es seguro que no has dejado de practicar.

—Lo hago cada día.

Entró un niño de unos doce años y saludó:

—*Al-Salamu 'Alaikum*¹².

—*Wa-'alaikum al-salam* —respondieron los otros.

—Con tu permiso, padre —le dijo el joven a Hasán.

—Pasa, hijo.

El emir Najib al-Wafiq dijo:

—Hablando de crecer rápido, Ayub no se queda atrás.

Hasán dijo:

—Ellos están en las edades en que más estirones pegan.

—¿Quieres ver mi nueva yegua, Muntasir? —preguntó Ayub.

—¿Tienes una nueva?

—Sí, una tordilla. Vamos al corral.

—Con tu permiso, padre —dijo Muntasir.

—Por supuesto, hijo, no tienes que pedirlo —le dijo Najib.

—Tú ya sabes que estás en tu casa —añadió Hasán.

Antes de salir del gran salón siguiendo a Ayub, Muntasir le dijo a Faysal:

—Luego nos sentamos a hablar. Tengo mucho que contarte.

Faysal le respondió:

—Me agradará. Yo también lo tengo.

Cuando los dos jóvenes salieron comentó el emir:

12 Que la paz de Alá sea con vosotros.

—¿No es curioso, Hasán? Mi hijo, a pesar de los cinco años que se lleva con Faysal, siempre ha preferido más la compañía de él, que la de otros de tus hijos y sobrinos con edades similares a la suya. Muntasir no deja de hablar de Faysal.

Este dijo:

—Siempre nos hemos llevado muy bien los dos. Él es como un hermano para mí.

—Muntasir es muy maduro para su edad —añadió Hasán.

—Sí, es cierto —dijo el emir—. Mi hijo prefiere estar con otros de más edad, porque dice que las conversaciones de niños son generalmente insustanciales.

—Razón no le falta. Mi padre ha de estar por llegar. ¿Qué te parece si seguimos conversando, mientras tomamos una ronda de buen café caliente?

—Eso no tienes ni que preguntarlo, Hasán, será todo un placer —dijo el emir—. ¿Tú nos acompañarás, Faysal? Quisiera que me contases sobre el viaje que tenéis previsto a Persia.



CAPÍTULO 2

Unos ojos y unas misteriosas mujeres

Un sirviente dejó dispuesto un brasero y una jarra con el agua calentando, y los tres se sentaron sobre las alfombras y almohadas que formaban un gran círculo. Hasán preguntó:

—¿Qué tal ha estado el viaje desde Samarra?

—Tranquilo y sin ningún tropiezo, gracias a Alá, alabado sea su nombre —dijo el emir.

—Me alegra saberlo. Porque la tribu de los Banu Tayyib anda revuelta, y no son buenos momentos para cruzar por su territorio ni pasar cerca.

—Sí, ya escuché que el jeque Abbas al-Salmán y su hermano Yusuf al-Haidar están muy quisquillosos, con grandes ansias de más tierras y conquistas, y que ya han tenido encontronazos con otras tribus.

—Ellos han tenido algunas escaramuzas por incursionar en tierras de otros. Están buscando pretextos —dijo Hasán.

—¿A vosotros os han molestado?

—Sus tierras están algo lejos y en la planicie hay otras tribus en el medio. Aunque ellos apetecen estas del valle del Éufrates.

—Yo vengo con cincuenta jinetes de escolta —dijo el emir.

—En circunstancias normales serían suficientes, pero esta vez no sé si serán pocos. Se dice que Abbas al-Salmán cuenta con un centenar y medio de jinetes.

—De todos modos, yo no creo que se le ocurra atacarnos. Samarra queda lejos, pero no es a mi ejército a quien los Banu

Tayyib querrán enfrentar. Yo los barrería en una sola pasada. Si lo que ellos quieren son más territorios no serán los míos los que busquen, estando tan sumamente alejados.

—Pues no lo sé. Desde que Abbas al-Salmán está al frente de los Banu Tayyib, todo puede ser posible. Su padre era una buena persona; él, en cambio, es muy ambicioso y rencoroso y, además, está mal aconsejado por su hermano Yusuf.

—Ambición y rencor: mala combinación es esa —dijo el emir.

—Tú cuídate cuando regreses, que no estará demás —le dijo Hasán—. En estos momentos, dadas como están las cosas, cincuenta jinetes de escolta no son bastantes. No serán tus territorios lo que Abbas al-Salmán apetezca ni tampoco podría tomarlos; pero se puede pedir un buen precio por tu rescate, que a él no le vendría mal para conseguir más caballos y hombres.

—Eso sí podría ser. Ya veremos, quizás llegue el momento de que alguien por aquí lo meta en cintura.

El padre de Hasán llegó con Adil al-Qadir, el segundo de sus hijos, y con el jeque Mahdi al-Maymum. Los tres realizaron el correspondiente saludo y luego Tawfiq dijo:

—Emir Najib al-Wafiq, bienvenido seas a nuestra casa y esperamos que disfrutes de la hospitalidad.

—Jeque Tawfiq al-Sharif, es para mí un grato placer verte de nuevo después de un año. Me complace comprobar lo bien que te encuentras.

—Con el favor de Alá me quedan todavía algunos años más para dar mucha guerra.

El emir preguntó:

—¿Y cómo están marchando las cosas por Al-Bukamal, jeque Mahdi al-Maymum? A ti también te veo muy bien.

—Las cosas están tan tranquilas como pueden estarlo. Y yo, pues ya lo ves, me encuentro perfectamente y haciendo grandes esfuerzos para no engordar.

—¡Ah, mejor no me hables de eso!

Los tres llegados se sentaron también sobre las alfombras. El jeque Tawfiq al-Sharif lo hizo cerca del brasero. Comenzó a preparar todo para servir seis vasos de café y comentó:

—Después de los cuarenta años los kilos comienzan a irse acumulando por algunas partes. Más que nada en la cintura, que es la que necesitamos sin ellos para doblarnos bien. Nosotros nos volvemos más sedentarios o es que nos da por comer más.

El jeque Mahdi al-Maymum dijo:

—Cuando pasas de los cincuenta te das cuenta de que los kilos aumentan y la vitalidad disminuye.

—El hombre comienza a decaer después de los sesenta y yo ya voy cabalgando hacia ellos —dijo Tawfiq.

—¿Qué opinas tú de eso, Adil? —preguntó el emir.

—Mi padre siempre lo dice, pero yo sostengo que el hombre que se ha mantenido activo permanece sólido hasta los setenta años, como poco. Yo espero que Alá me permita llegar a esa edad con el mismo vigor.

—¿Con el mismo vigor para qué? —le preguntó Hasán.

—Para sostener una espada bien en alto y con firmeza, al igual que mi hombría para satisfacer a una mujer.

Todos rieron y Hasán dijo:

—Entonces, son muy buenos deseos, hermano.

—Así es. ¿Qué más puede pedir un hombre? —dijo el emir.

Mientras los otros hablaban, el jeque Tawfiq colocó unas cucharadas de café, ya molido, dentro de una manga de blanca tela de fino lino. La puso en el cuello de una jarra y fue vertiendo agua caliente encima. El aroma a café se extendió con rapidez por todo el gran salón.

—¿Qué dices tú al respecto, Faysal? —le preguntó el emir.

—Cuando yo llegue a los noventa años me sentaré junto con mi esposa en medio de nuestros hijos, nietos, biznietos y tataranietos y, ante un buen café como ahora, pensaré en lo que haré con el resto de mi vida.

El emir se rio muy divertido y dijo:

—Esas sí que son unas hermosas expectativas de vida. ¿No te parece, Tawfiq?

Desde cierta altura y con toda la tranquilidad, el jeque Tawfiq vertía en seis vasos el café de la jarra, luego volvía a verter el contenido de ellos dentro de la jarra, para realizar de nuevo la operación de trasvasado; así por tres veces. Con aquello buscaba que el café enfriara un poco y tuviese la temperatura, espuma y grado de oxigenación que él consideraba convenientes. Respondió a la pregunta del emir:

—Mi nieto siempre ha sido un optimista. Esa expresión se la hemos escuchado otras veces. Ya quisiera yo que todos mis hijos fueran igual de optimistas con la vida, y vieran el lado bueno que toda cosa y situación tienen. Tomad, bebamos esta primera ronda de café, la que ha de ser fuerte y amarga como lo es la vida.

Cada uno fue tomando lentos sorbos de su vaso con negro café caliente, y el emir le preguntó a Faysal:

—Ya que tú estás dispuesto a llegar a los noventa, ¿qué piensas que harías después?

Faysal saboreó un caliente trago de su café y respondió:

—¿Me crees con la capacidad de vaticinio? Qué más quisiera yo. En este momento sería muy difícil hacer cualquier predicción para fechas tan lejanas. Estamos apenas en el año 468¹³ y para cuando yo alcance noventa andaremos rondando la mitad de la siguiente centuria. Con cada cambio de siglo parece que todo se alborotara más. Quién puede predecir si, para entonces, tan siquiera vestiremos igual que ahora, si los turcos ya dominarán todos estos territorios o el Imperio Romano de Oriente se habrá impuesto de nuevo, y el emperador cristiano de Constantinopla haya reconquistado toda Anatolia otra vez. O que aparezcan otros nuevos conquistadores. Quizás los mongoles.

13 Año 468 de la Hégira, corresponde al año 1076 d. C., por el actual calendario Gregoriano.

—Todo es posible. Aunque yo no creo que sean los mongoles. Ellos no son más que pequeñas tribus en constantes disputas entre sí —dijo el emir.

Faysal preguntó:

—¿Y qué fueron los árabes sino eso mismo? Al igual que los egipcios, los turcos y muchos otros. Todos venimos de eso.

—Sí, tienes razón: se me pasaba por alto.

—Anticipar lo que yo estaré haciendo cuando tenga noventa años, sería algo tan poco racional como intentar pensar en qué será lo que voy a comer dentro de treinta días, si en este momento acabo de hacerlo y me encuentro satisfecho. A mí me parece que en plena juventud se hace bastante difícil pensar en la vejez, por lo lejana que parece.

—Eso es muy cierto.

—Ya dije que cuando llegue a esa edad tendré que pensarlo, si no lo he hecho antes, que sería lo más probable. Quizás entonces me decida a dejar todo en manos de mis hijos. Yo me retiraré a un pequeño, tranquilo y solitario oasis en el desierto, montaré mi jaima y, sin más preocupaciones por lo que ocurra en el mundo, por el resto de mis días disfrutaré de mi caballo y de los brazos y el amor de mi esposa. Será el preludio al momento en que Alá me llame a ocupar mi puesto en el Paraíso.

Hasán dijo:

—Como puedes ver, Najib, mi hijo Faysal tiene mucho de soñador. Lo que no está nada mal, porque siguiendo sueños se han realizado grandes conquistas y creado poderosas tribus.

—Tienes toda la razón, Hasán —dijo el emir.

El jeque Mahdi al-Maymum aclaró:

—Persiguiendo sueños han muerto también muchos y se han perdido caravanas enteras tragadas por el desierto.

—Eso también es cierto —dijo el jeque Tawfiq al-Sharif—. Pero a mí me parece que todo depende de quién es el soñador y de qué manera persigue sus sueños.

—Mi hijo Faysal no es un soñador fantasioso, sino una persona muy sensata y de buen razonar, de los que piensan antes y actúan después —aclaró Hasán—. Yo no suelo tener necesidad de cuestionar sus decisiones. Hasta ahora ha demostrado tener un buen don de gentes, una fina percepción de los peligros y dificultades y un gran aplomo en las situaciones difíciles. Él tiene una claridad de mente que ya quisieran muchos.

—Sí, Faysal se parece a un dromedario veterano —dijo Tawfiq haciéndolos reír.

—No lo podías haber dicho mejor —dijo Adil.

—Yo estoy seguro de que Faysal será tan buen padre como hijo y será también un buen esposo —dijo el emir.

Juveniles gritos y risas femeninas provinieron del patio azul. Faysal dijo:

—Mis hermanas y primas siguen divirtiéndose. Ellas pueden ser más traviesas que los varones.

—¡Ah! Qué sería de una casa sin las risas de los niños —dijo su padre.

—Sí, ellos lo llenan todo —añadió el emir—. Tú te has dado buena prisa, Hasán. Con treinta y seis años y solo dos esposas, ya tienes más hijos que yo.

—Bueno, tú tienes un par de años menos de casado.

—Sí, pero también tengo cuatro esposas. ¿Cuántos hijos tienes ya, no son siete?

—Ocho. Son cinco varones y tres hembras. Mi primera esposa, la madre de Faysal, está embarazada de nuevo.

—Dos de mis esposas también lo están. A ver si yo te alcanzo y emparejamos. ¿Cuántos llevas tú, Adil, de tus dos esposas?

—Ahora tengo una tercera y llevo nueve hijos: cinco varones y cuatro hembras.

—¿Cuántas nietas tienes tú, Tawfiq?

—¡Uf! ¿Quién las cuenta? Yo prefiero contabilizar varones. Ellos son los que nos hacen grandes y fuertes como tribu.

—Yo también lo prefiero. Pues Adil no va mal, Hasán. Con cinco años menos que tú va más rápido en esto.

—Mi hermano siempre tiene prisa en todo.

—¿Siempre? ¿Es cierto eso, Adil? ¿Acaso tus esposas opinan de igual manera? —preguntó el emir.

—En algunas cosas a mí me gusta tomarme mi tiempo. El placer no es para ir a la carrera, sino para disfrutarlo con la mayor tranquilidad y concentración; algunos placeres más que otros. Mis esposas tendrán quejas de mí en otras cosas, pero no con eso.

Todos ellos se echaron a reír. El emir dijo:

—¿Y tú qué, Faysal? ¿No piensas casarte? Yo lamento que mis hijas estén lejos de la edad para desposarse, porque mis mujeres han sido muy complacientes y me han llenado de varones primero. De lo contrario me sentiría muy satisfecho si tú eligieras a una. Aunque no creo que por aquí no haya mujeres hermosas y dignas. ¿Cuándo me daréis la buena noticia de su compromiso?

—La verdad es que yo no sé qué tanto se lo piensa mi hijo. Buenas candidatas las hay aquí mismo y por los alrededores. Sin ir muy lejos, el jeque Abú al-Qasim, de Al-Busayrah, tiene una hija que le gustaría ver casada con Faysal para emparentar nuestras tribus, porque me lo ha comentado —dijo Hasán.

El jeque Mahdi al-Maymum dijo:

—A mí me quedan dos hijas solteras, que bien quisiera yo que Faysal las mirara dos veces con ojos de enamorado.

—Tanto como con las suyas el emir Husam al-Jabbar, de Dayr al-Zawr —dijo Tawfiq.

—¿También ese bandido astuto de Husam quiere a Faysal como yerno? Eso ya es un buen síntoma. Él tiene muy buen ojo con las personas, tanto como tú, Mahdi —dijo el emir.

—En ese sentido yo no tengo prisa —dijo Faysal.

—¿Por qué no? Es muy bueno lo que te estás perdiendo.

—Quizás sí lo sea y quizás también me esté librando de algunos buenos líos.

Todos rieron y el emir dijo:

—De todo hay, Faysal, de todo hay en el matrimonio.

—Sí, lo sé. El caso es que una mujer se ha de elegir con mucho más cuidado del que se elige un caballo, porque ella es para toda la vida y el caballo se cambia en cualquier momento. Yo no quiero a una niña, y eso es lo que todavía son ellas entre los diez y los catorce años o incluso más. Yo quiero una esposa a quien sienta como toda una mujer hecha y derecha; solamente una, y con quien yo no tenga ni un sí ni un no.

—¿Buscas una esposa que sea sumisa, obediente y complaciente en todo? —preguntó el jeque Mahdi al-Maymum.

—No, una con la que entenderme a la perfección, que es mucho mejor. Porque discutir algo en el análisis amplio para una decisión, aunque exista disparidad de opinión no implica reñir ni llevarse la contraria, tan solo por imponerse. A mí no me importa que ella tenga la razón. Esta no es exclusiva de los hombres. Yo anhelo una mujer que me llene plenamente, tanto en lo físico como en lo espiritual y en lo intelectual.

Hasán les aclaró:

—Mi hijo quiere una mujer que, además de ser muy hermosa y domine las artes del amor, sea inteligente y muy culta.

—¿Así es la cosa, Faysal? —preguntó el emir.

—Algo así. Aunque yo nunca he dicho que busco a una mujer muy hermosa.

—¿No? ¿Y entonces qué? ¿No te importaría una fea, peluda y con bigotes, con tal de que sea inteligente? —preguntó socarrón su tío Adil.

Faysal dijo:

—Belleza, fealdad... ¿Qué juez califica eso y por qué patrón de medida? Ya he visto todo lo que cambian los gustos de unos sitios a otros. Yo quiero una mujer que me agrada, por supuesto. ¿Quién no? Eso no quiere decir que tenga que ser la más bella ni siquiera una gran belleza. Porque la hermosura de una mujer

está más en el ojo de quien la mira, y no siempre se centra en sus cualidades físicas visibles; de las que, por otra parte, solemos ver muy poco antes del matrimonio. Pero decir que una mujer es bella y que otra es absolutamente fea... Lo que muchos no quieren lo desean otros tantos.

El emir Najib al-Wafiq dijo:

—Es un concepto interesante en el que hay un gran fondo de verdad. Pero tú sí que la quieres inteligente y culta.

—Eso sí —dijo Faysal.

—En ese caso la estarás buscando mayor que tú, sobre los veinte años, quizás en los veinticinco o treinta. Con esa edad, si además de bella es culta tendrá que ser viuda, forzosamente. Requiere muchos años preparar a una mujer como la que tú buscas. Ellas aprenden muy lento.

—Yo no sé para qué quiere mi nieto una mujer inteligente y tan culta como dice —comentó el jeque Tawfiq—. Como si no hubiera hombres suficientes con los que conversar, para tener que hacerlo con mujeres. Como no sea aprender a cocinar algo, muy poco de utilidad es lo que un hombre puede sacar de las conversaciones de mujeres, si acaso se saca algo.

—Los únicos que sacan beneficios de esas conversaciones son los mercaderes —dijo Adil—. Sobre todo los de telas, perfumes y joyas, que se enteran de sus gustos y preferencias.

—Pues si lo que tú buscas en una mujer es cultura e inteligencia tienes un gran desafío, Faysal —le dijo el emir—. En ese caso tus opciones son bastante limitadas. Bastante, porque una mujer así tan solo la podrás encontrar entre la alta nobleza y no siempre, no te creas; mucho menos siendo ella joven como para ti. Las mujeres no reciben más educación que los refinamientos que precisan para complacer y entretener a su esposo. Tú lo sabes.

El jeque Tawfiq añadió:

—Eso y saber atender el hogar y los hijos es todo lo que ellas necesitan. ¿Para qué quieren más?

—Como te dije, Faysal, lleva años educar a una mujer como la que tú anhelas —dijo el emir.

—Pues, entonces, yo esperaré el tiempo que sea preciso. No tengo prisa en casarme. Yo sé que esa mujer que busco existe en alguna parte.

—Seguro que sí, porque Alá es pródigo en todo. El asunto es que la encuentres —dijo el jeque Mahdi al-Maymum.

—De todos modos, siempre es preferible que lo pienses bien y no que te vayas de alocado —le aconsejó el emir—. En eso yo tengo que darte la razón porque luego, si la elección fue mala, los sinsabores son muchos y los problemas todavía más. Tú siempre has sido muy prudente. A diferencia de la mujer, el hombre no tiene prisa en buscar un matrimonio, por más años que tenga. Yo opino que a menos que las alianzas sociales y los asuntos políticos lo requieran, es preferible que el hombre espere a estar sobre los veinte años. El matrimonio no es un asunto de juego, sino que conlleva una gran responsabilidad.

—Yo concuerdo contigo en eso —dijo Tawfiq—. Para muchos hombres es preferible que lleguen a los veinticinco, para que tengan una buena madurez mental.

El jeque Mahdi al-Maymum agregó:

—Eso sí, porque la madurez mental del hombre lo es todo en estos asuntos. En el caso de Faysal, a su edad yo ya lo considero un hombre con la claridad y madurez mental suficientes, como para pensar en un posible matrimonio en uno o dos años.

—Precisamente por eso es que yo espero que a mi nieto no le lleguen los veinticinco buscando a esa mujer imposible.

—Por lo que me parece, yo no creo que mi hijo Faysal llegue a esperar tanto tiempo —dijo Hasán.

El emir preguntó:

—¿Por qué lo dices si él ha dicho que no tiene prisa?

—A mí me parece que él ya está necesitando de una mujer, porque ha comenzado a soñar con ellas.

— ¡Ah! Eso es otra cosa distinta. Cuando se comienza a soñar con mujeres es porque llegó el momento de buscar una, sin mucha más dilación. La naturaleza te llama, Faysal, y contra ella no se puede luchar.

— Tan solo los cristianos lo intentan, que se meten a frailes y monjas —dijo Adil,

— Supiera uno lo que ocurre dentro de los muros de los monasterios y conventos. Yo no creo en tal castidad, al menos en la mayoría y eso por darles a algunos el beneficio de la duda. ¿Por qué tú, Faysal, mientras encuentras a esa mujer tan especial con la que casarte, no tomas una concubina entre vuestras esclavas? Aquí tenéis a jóvenes muy agraciadas. Así podrás esperar mejor los años que quieras, sin agobio ninguno.

— Yo tengo mis ideas respecto a esa práctica —dijo Faysal.

— ¿No la compartes?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque yo considero que la relación carnal entre un hombre y una mujer ha de ser por amor, no por imposición o por la necesidad de procrear. Peor aún si es por el simple placer sexual del hombre. El sentimiento del amor es lo que nos hace ser distintos a los animales, al menos en lo relativo a la procreación. Que una esclava desee los favores de su amo y lo complazca en el placer mutuo, yo lo entiendo. Pero una mujer sometida a demanda sexual forzada por cautiverio o esclavitud termina siendo poco más que un animal, cuando no un objeto, y me parece a mí que ha de sufrir mucho. Dejemos a las esclavas para el servicio de la casa, como es, y a las esposas para lo que ellas son.

§

El jeque Tawfiq había vuelto a verter agua caliente sobre la misma mezcla de café anterior, en una segunda colada. Siguió el procedimiento de triple trasvasado que había hecho antes, con lo que ahora consiguió una bebida menos negra y fuerte.

—Pues bebamos esta segunda ronda de café, que es dulce y placentera como tiene que ser el buen amor de una mujer virtuosa.

—Bebe, hijo —le dijo Hasán a Faysal—. Que yo pido para que encuentres pronto el amor de una excelente mujer, y que hagas algo más que estar soñando con ellas.

—Mira que muchas mujeres pajareando por la cabeza es lo mismo que ninguna —dijo Adil.

—Yo no sueño con mujeres, en plural —dijo Faysal.

—Tienes razón: yo no he sido preciso en eso —dijo Hasán.

—¿Faysal sueña con una sola mujer? —preguntó el emir.

—Él lleva como un año soñando con la misma.

El jeque Mahdi al-Maymum dijo:

—Pues eso es muy significativo. ¿Quién es la afortunada que ha acaparado su atención a ese extremo?

—No lo sabemos. Faysal solamente nos dice que tiene unos ojos verdes —dijo Hasán.

El emir preguntó:

—¿Verdes? ¿Tú no tenías otro color mejor, Faysal? Yo los he encontrado grises y azules de distinta intensidad, generalmente pequeños. Pero unos ojos verdes no los he visto por todo esto. Yo sé que los hay porque me lo han dicho, y porque la creación de Alá el Más Generoso tiene una variedad infinita. Faysal, busca mejor una mujer de ojos grandes, oscuros y llenos de vida y sensualidad, y tú obtendrás lo mejor de las mujeres. Y si ella tiene unas caderas bien amplias será mucho mejor todavía. Luego, si tú quieres búscate otras con los ojos azules, verdes o del color que se te antoje, que ya estarás bien servido.

—Eso será difícil en mi hijo porque él quiere tener una sola esposa, como ya nos ha dicho —les recordó Hasán.

—¿Por qué una nada más, Faysal? ¿No te sientes capaz de satisfacer a varias?

—A mí me parece que esto no es asunto de la simple satisfacción sexual ni tampoco de virilidad, como si fuéramos sementales.

Cualquier hombre sano y con un mínimo de virilidad puede satisfacer a una mujer en la mañana y en la noche, si se la cambian todos los días.

Aquello arrancó las risas y el emir dijo:

—Esa sí que es una verdad del tamaño de una montaña. Suena más interesante viniendo de parte de quien no tiene esposa.

Faysal preguntó:

—¿Quién puede satisfacer en todo y por igual a más de una mujer, a la vez que ser justo con todas ellas, si cada una es tan diferente en todo?

—Eso también es cierto: no hay dos iguales en su carácter, gustos y particularidades —dijo el abuelo Tawfiq.

—A mí me agrada hacer las cosas de la mejor manera posible. Yo pienso que una buena esposa, que me guste y sea inteligente y culta, copará completamente mi atención y me hará dichoso. Prefiero tener nada más que un solo caballo como montura, al que llegar a comprender lo máximo posible para compenetrarme con él. ¿Por qué voy a querer más de una esposa? ¿Acaso ella es menos que un caballo?

—Resulta una interesante manera de pensar —dijo el emir—. ¿Y a esa que se te presenta en los sueños no le has visto algo más que los ojos?

—No, lamentablemente —dijo Faysal.

Su abuelo Tawfiq preguntó:

—¿Ella se cubre el rostro?

—Yo no lo sé. Tan solo le veo las cejas y los ojos verdes, que son los más hermosos que alguna mujer pudiera desear tener. Al parecer es que es todo lo que ella quiere mostrarme.

—En ese caso ha de ser musulmana.

—Yo no asumo nada en ese sentido, abuelo, y ese detalle es algo que me trae sin cuidado.

—Ya que no le ves nada más que los ojos, podría ser que lo del color se tratase tan solo de algo simbólico. Quizás indique la

esperanza que tú tienes de conseguir esa esposa con tales cualidades, que sea perfecta para ti según tu medida de la perfección de una esposa —dijo el emir.

—Podría significar eso muy bien. Aunque mi hijo dice que la dueña de esos ojos verdes también le habla —aclaró Hasán.

—¡Ah, vaya! Eso cambia un poco las cosas, si además de limitarse a parpadear y mirarte habla también con las palabras. ¿Qué es lo que te dice, Faysal?

—Eso quisiera saber yo.

—¿Pero no dices que ella te habla?

—Sí, son deliciosos susurros de una delicada y sensual voz tan hermosa como los ojos, que habla en mi mente con palabras muy placenteras. Pero cuando despierto no las recuerdo.

—Yo me pregunto si acaso no se tratará de la Dama del Desierto —dijo su abuelo Tawfiq—, ya que Faysal se marchará a un largo y peligroso viaje. Tan solo ella podría hacer algo semejante.

—Quizás a través de él nos esté advirtiendo de algún posible peligro en nuestro viaje —dijo su tío Adil.

—¿También vas tú? —preguntó el emir.

—Sí, además de mi hermano Mufid y de mi sobrino Ahmad. Faysal aclaró:

—No son advertencias de la Dama del Desierto.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó su padre.

—Porque me parece que yo despertaría inquieto, como le corresponde a una advertencia que avecina un peligro. Al contrario, cuando los ojos verdes aparecen en mis sueños resultan de una gran placidez, como no me es posible explicar con palabras. Y durante el día suelo mantener esa sensación.

—¿Y si fuese una señora de los sueños? —preguntó el emir.

—¿Tú crees en esas historias, Najib? —le preguntó Hasán.

—Bueno, yo no las he visto. Ni siquiera he sabido de alguien que pueda afirmar haber conocido a una mujer de esas. Al parecer tienen una hermandad que es tan oculta y hermética como

algunas de las sociedades esotéricas. Se afirma que ellas existen y cuidan los grandes conocimientos. Nadie dice haberlas visto, pero se asegura su existencia.

El jeque Tawfiq dijo:

—Sí, tanto como se afirma la existencia de alfombras voladoras, que nadie teje ni mercader alguno vende, y de los eternos y poderosos *Awa'il*¹⁴ a los que tampoco nadie ha visto. Mi padre, mi abuelo y el abuelo de mi abuelo los mencionaron, tanto como también mencionaron la existencia de las señoras de los sueños, y me hablaron de fabulosos tesoros perdidos; son parte de las historias de los desiertos.

El jeque Mahdi al-Maymum dijo:

—Mi padre y mi abuelo también mencionaron a esas mujeres, en alguna ocasión, como parte de relatos. Pero ellos no habían visto a ninguna, como tampoco yo he visto un caballo alado por más que digan que existen, tal como los *Awa'il*.

—Que un ciego no vea la luz no quiere decir que ella no exista, ¿no os parece? —dijo Faysal—. En un remoto país de ciegos de nacimiento, los extranjeros ocasionales que lleguen y les cuenten que el sol produce luz, además de calor, y que existe el día y la noche, tan solo los hará pensar que son simples historias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su tío Adil.

—Que hay que mantener una mente amplia y ver más allá de nuestra nariz, o podría suceder que confundiéramos a una mosca sobre ella con un halcón en una lejana roca. Yo no cuestiono la existencia de seres como los *Awa'il*, porque ninguno conocemos todo lo que existe sobre este mundo ni los designios de Alá, alabado sea su nombre. Él, quizás como una prueba divina antes de hacer al hombre, ha podido crear a *los primeros*, unos pocos seres; doce, como se dice.

—Hay quienes también afirman que en sus inicios fueron trece. No se sabe qué ocurrió con el otro —dijo el emir.

14 Los antiguos o los primeros.

Faysal opinó:

—Quizás Alá hizo a esos seres eternos y con gran perfección. Luego le pareció que el hombre no debiera de ser ni eterno ni tan perfecto, para que él intentara superarse cumpliendo con sus leyes y mandatos divinos y, de esa forma, pudiera llegar a ser merecedor de las glorias del Paraíso.

—Eso es muy posible —dijo el jeque Mahdi al-Maymum—. ¿Quién conoce los designios y toda la vasta obra de Alá el Forjador? Con lo grande que es el mundo.

—Nosotros sabemos que existen hombres y mujeres con enormes dones místicos que Alá les ha concedido —dijo Faysal.

Hasán añadió:

—Sí, eso es cierto. El venerable Abd al-Májid es uno.

—Por eso yo tampoco cuestiono que, por más que nadie parezca haberlas visto, existan esas venerables y misteriosas mujeres dotadas con enormes dones místicos. Pueden haber sido puestas en la tierra por Alá para calmar las aflicciones del hombre justo y del necesitado, actuando durante sus sueños atormentados.

El emir le preguntó:

—Faysal, entonces, ¿tú crees que esos ojos en tus sueños pueden ser los de una de esas místicas mujeres, que te susurra palabras imposibles de recordar?

—Que sepa, yo no tengo aflicciones que calmar. Tampoco sé qué merecimientos pudiera tener yo para obtener la atención de una señora de los sueños, si es que de una de ellas se tratase. Yo no afirmo ni tampoco descarto nada.

—Yo no sé de ninguna mujer de esas, como he dicho. Sí que conocí a dos hombres, quienes me aseguraron haber visto unos ojos femeninos durante una fuerte pesadilla que tuvieron. Fue luego de la muerte de sus hijos. Los tres de uno fueron asesinados cuando conducían una caravana. Los cuatro del otro murieron juntos en una batalla. Esos padres no pudieron dormir durante varias noches. Después de ver los ojos en sus sueños, las afliccio-

nes les disminuyeron hasta un punto razonable y lograron volver a dormir de nuevo. También han visto ojos algunos que otros, que llegaron a las postrimerías de la vida con gran dolor y sufrimiento. Parece ser algo que se da con los moribundos en los campos de batalla y también con los que son torturados. Momentos antes de morir, encontraban la paz y mencionaban los ojos que los miraban, eliminaban el dolor y calmaban sus penas y tribulaciones. Aunque, de los que se tiene conocimiento, ninguno dijo que fueran verdes —dijo el emir.

—Es posible que no todas esas mujeres tengan los ojos verdes, sino de cualquier color —dijo Hasán.

—Eso es lo más probable. Las referencias que tenemos sobre ellas son muy pocas, ambiguas y contradictorias. De todos modos, aunque sean pocas tiene que haber algo de cierto. A mí no me extrañaría que Alá el Magnífico haya puesto sobre la tierra a esas mujeres, quizás como representantes de las huríes. ¿Quién mejor que una mujer para calmar las aflicciones de un hombre? Porque nosotros no las comprenderemos a ellas, pero parece que ellas sí que nos entienden muy bien a nosotros.

—Entre los hombres son pocos los que parecen saber sobre esas místicas, entre las mujeres no es así —dijo Faysal.

Su abuelo el jeque Tawfiq le preguntó:

—¿Cómo lo sabes tú? ¿Les has estado preguntando?

—Abuelo, si nosotros prestáramos algo de atención a las conversaciones de mujeres, encontraríamos que para ellas sí que son muy reales las señoras de los sueños.

El emir le preguntó:

—¿Has escuchado las conversaciones de mujeres?

—Sí, lo he hecho.

—En ese caso, tú has escuchado a las mujeres más de lo que yo pensaba —dijo Hasán.

—Padre, mientras yo era niño escuché a mi madre y a mis tías y seguí sus sensatos consejos, como todo hombre hizo cuando

era niño. A mí nunca me pareció que ellas hablaran por hablar ni dijeran insensateces, al contrario. Tú mismo me decías que le hiciera caso a mi madre. Luego yo he seguido escuchado a las mujeres. Nadie me lo prohibió.

—¿Qué tanto las has escuchado?

—Lo suficiente como para comenzar a pensar de otra manera, en algunos aspectos. Entre ellas se menciona con un enorme respeto el nombre de *Al-Sayyidat al-Ahlâm*¹⁵. Yo no he encontrado a ninguna mujer que diga haberla conocido. Al menos, no encontré a alguna que me lo haya querido decir, porque ellas recelan y se lo guardan muy celosamente. Tampoco es que voy por ahí preguntando a todas. Pero sí me enteré de que hay mujeres que saben de alguien que la vio en alguna visión o manifestación.

—¿Quién es esa *Sayyidat al-Ahlâm*? —preguntó su tío Adil.

—Al parecer, ella es la princesa de la que llaman la *Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños*. Se dice que ella es la más grande entre todas, dotada con enormes poderes místicos; una especie de ser a medio camino entre mujer y ángel.

—Pueden ser puras habladoras de mujeres. A ellas las encanta tener con qué fantasear y las desvive un cuento sobre princesas y reinas poderosas.

—Tío Adil, si de algo me he dado cuenta es de que hombres y mujeres parecemos vivir en mundos distintos, y que nosotros no conocemos el de ellas. Sí, podrían ser muy bien simples habladoras de mujeres. Podrían serlo, si no fuera porque yo pasé un par de días en la gran biblioteca de Damasco investigando sobre ellas.

—¿Hiciste eso? —preguntó su padre—. Ese viaje lo hicimos hace poco más de un año, después de que regresamos de Arabia. ¿Ya en aquellos días estabas queriendo saber sobre ellas?

—Es que fue durante el viaje a Damasco que comenzaron mis visiones de los ojos verdes. Yo me interesé debido a lo recurrentes que eran. Así que aproveché para ir a la biblioteca.

15 La Señora de los sueños.

—¿Conque eso fue lo que estabas haciendo en ella? Yo pensé que andabas buscando mapas y esas cosas. ¿Qué averiguaste?

—Con el director averigüé que son más que mitos y conversaciones de mujeres. Existe un antiguo texto escrito en idioma acadio, que fue encontrado en Babilonia durante la conquista del gran Alejandro de Macedonia. En él ya se mencionaba a la *Gran Hermandad de las Señoras de los Sueños*, de la que se dice que es más antigua de lo que los hombres pueden recordar.

—Pues eso resulta muy interesante —dijo Adil.

—En aquel texto está escrito que el gran rey Hammurabi alcanzó su grandeza porque tenía como oráculo a una mujer. Que era una mística perteneciente a esa misteriosa hermandad. Aunque quien lo escribió no fue categórico al respecto, al parecer deja entrever que era la propia *Sayyidat al-Ahlâm*, porque tres veces aparece la palabra junto con la de princesa. En otro viejo manuscrito que se atribuye al griego Heródoto, él menciona haber conocido a tres de ellas. Una fue en la propia Halikarnassos y dos en Éfeso, cuyo único distintivo es algo que llevan en el pelo colocado sobre la cabeza. Él refiere que es una joya de plata, aunque no la describe.

El emir Najib dijo:

—Pues si esos hechos están narrados en esos documentos tan antiguos ya cambia un poco más la cosa. Tenemos que darle una mayor credibilidad a la existencia de esas mujeres.

—Sí, ya hay que darle algo más de crédito, aunque todavía no es concluyente —convino el jeque Tawfiq.

—Abuelo, ¿quieres una referencia que sea más concluyente que esas afirmaciones tan bien documentadas? ¿Te bastaría con la de un hombre que sí conoce personalmente a esas mujeres, y cuya palabra nadie cuestionaría?

—¿Otro antiguo narrador?

—No, uno muy actual y vivo que me lo ha dicho.

—A ver, sorpréndeme. ¿De quién se trata?

—Recuerda que a nuestro regreso de Damasco nos encontramos a Abd al-Májid. Pues yo se lo pregunté a él.

—Tú nunca me quisiste decir de qué hablasteis los dos —dijo su padre—. ¿Qué fue lo que le preguntaste?

—Si las señoras de los sueños eran reales.

—¿Y qué te dijo? —preguntó su tío Adil—. Porque ese ciego es muy reacio a hablar sobre lo que no quiere y suele responder con evasivas y con pensamientos filosóficos.

—Él me puso una mano en la cabeza. Yo no sé lo que habrá visto con su corazón o con la mirada de su espíritu, porque sonrió y me dijo que a mí sí que me lo podía decir.

—¿Por qué a ti sí? —le preguntó su padre.

—Porque dijo que una se me estaba apareciendo en sueños. Y eso que yo no se lo había mencionado. Agregó que ellas eran tan reales como lo es la arena del desierto, que de tan corriente y estar por todas partes se hace omnipresente. Por eso mismo los hombres no le prestan la atención necesaria ni escuchan su canto, que es el canto del desierto, ni tampoco escuchan sus palabras.

Su abuelo preguntó:

—¿Qué habrá querido decir él con eso?

—Cualquiera que no conozca a Abd al-Májid pensará que no es más que un invidente —dijo Faysal—. Sin embargo, su claridad de percepción a través de los ojos de su espíritu es superior a la de alguien con los ojos sanos. Con sus palabras él siempre está retando a nuestra comprensión. Yo entiendo que esas mujeres son como cualquier otra, al menos en su apariencia, razón por la que no podemos reconocerlas ni aunque nos pasen al lado.

—¿Por qué no?

—Porque aquello que las hace tan diferentes de las otras mujeres es su mente, sus portentosos poderes místicos, sus grandes conocimientos ancestrales y la gran verdad y sabiduría que tienen sus palabras. Pero resulta ser que el hombre no mira a las mujeres ni mucho menos las escucha.

—Sí, es probable que sea eso lo que él quiso decir. Tiene sentido suficiente —dijo su abuelo.

—Yo le pregunté que si de verdad ellas podían hablar en la mente de los hombres. Ahí ya él se puso algo evasivo, como le gusta hacer. Me dijo que yo pronto lo sabría directamente, porque ellas se manifestaban nada más que a quienes querían hacerlo. Yo quise saber sobre mis visiones nocturnas de los ojos verdes.

Su tío Adil le preguntó:

—¿Y qué te dijo? ¿Te aclaró algo? Bueno, si acaso te esté permitido referirlo, ya que Abd al-Májid te lo dijo a ti nada más.

—Él no me dijo a quién pertenecían esos ojos. Por su sonrisa y su largo silencio comprendí que sí lo sabía. Tampoco me aclaró lo que ellos querían transmitirme. Sin embargo, me dijo que para la mirada de toda mujer, yo ya estaba sellado como hombre porque había sido elegido por quien representaba la inteligencia, la sabiduría, la bondad y el amor humano supremo hechos mujer.

—¿Elegido para qué? —le preguntó su padre.

—Él tampoco me aclaró ese detalle. Añadió que Alá el Dador de Todo me tenía reservadas enormes alegrías, porque mi deseo era muy firme y sincero. Pero que él también me tenía preparadas profundas y terribles tristezas, como ningún hombre las querría tener jamás, junto con grandes decisiones de enorme trascendencia; ya que era la forma de cambiar el frío acero mortal en brillante oro enriquecedor.

—¿Qué te quiso decir con eso? —preguntó su padre.

—No lo sé, habla de un cambio en mí. Yo le dije que no me resultaba nada reconfortante saber que el dolor metería su garra en mi corazón. Él me dijo que mis alegrías y mis tristezas, en la justa medida por la mano de Alá *Al-Qabid*¹⁶ y *Al-Basit*¹⁷, harían

16 Para los musulmanes, este es el atributo divino por el que Alá da pobreza, enfermedad, tristeza y males al hombre.

17 Alá es quien otorga al hombre la riqueza, abundancia, salud, alegría y todo lo bueno. Por la conjunción de los atributos divinos de Al-Qabid y Al-Basit se dice que todo lo bueno y todo lo malo proviene de Alá.

posible que surgiera a la luz en este mundo la más grande de todas las mujeres nacidas de vientre materno.

— Todo eso suena un tanto enredado — dijo el emir.

Hasán añadió:

— Como suelen ser todos los vaticinios de Abd al-Májid.

Su abuelo Tawfiq le preguntó a Faysal:

— ¿Para cuándo te vaticinó eso?

— Él me dijo que mis pruebas comenzarían cuando yo la encontrara a ella muy lejos de aquí.

— ¿A ella? ¿Una mujer?

— Así parece. Porque yo no creo que se trate de una camella o una yegua. Hablábamos de las señoras de los sueños.

— ¿Tú encontrarás a una de esas mujeres?

— Abuelo, yo desconozco a quién encontraré ni dónde.

— ¿Y él no te lo pudo decir? — preguntó Adil.

— Sí, lo hizo a su manera. Me dijo que sería en un castillo muy particular de los caminos de Persia.

— Eso y nada es lo mismo. Así yo también hago vaticinios.

Faysal respondió:

— Sí, pero prefiero eso que nada. Yo asumí que se trata de la mujer de los ojos verdes, porque era lo que estaba tratando de averiguar. Me quedó muy claro que Abd al-Májid sabe quién es ella, aunque no lo terminó de aclarar, que es lo que yo quería saber.

— ¿La mujer que encontrarás será la dueña de esos ojos verdes que te visitan en sueños? — le preguntó su padre.

— Si me voy a ceñir tan solo a sus palabras, yo sé nada más que encontraré a una mujer muy lejos de aquí, en Persia, que es hacia donde iremos. Como hasta ahora no hay ninguna mujer en mi vida, supongo que él se refirió a esa de ojos verdes con la que yo sueño. O quizás yo mejor debiera de referirme, de manera más apropiada, a esa mujer cuyos ojos se presentan cada noche durante mis sueños, y que me susurra tranquilizadoras palabras que no logro recordar al despertarme.

El emir Najib al-Wafiq dijo muy sonriente:

—En otras palabras, Faysal: lo que tú querías era que él te dijera cómo se llama esa mujer, quién es ella y dónde encontrarla exactamente.

—Pues... algo así —dijo él sonriendo también.

—Ya veo, entonces, todo el interés que esos ojos han despertado en ti. De habértelo dicho él como tú querías, ¿irías a verla tú solo o lo harías con tu padre de una vez?

Todos echaron a reír con aquello y Hasán dijo:

—Yo no creo que el interés de mi hijo por la dueña de esos ojos llegue a ese extremo. Ha de ser pura curiosidad por lo peculiares y raros que parecen ser.

Adil al-Qadir dijo:

—Cuando Abd al-Májid pasó por aquí habrá sabido que estábamos preparando este viaje, y se creó ese tinglado cuando Faysal le preguntó.

—La última vez que él pasó por aquí fue antes de nosotros haberlo planificado, así que él no podía conocerlo.

El jeque Tawfiq hacía una nueva colada de café con la misma mezcla inicial, de la que ahora salía un líquido mucho más claro. Les dijo:

—Yo estaba pensando en eso mismo. Creo que tú y yo ni siquiera lo habíamos considerado todavía, así que Abd al-Májid no podía estar al tanto.

El jeque Mahdi al-Maymum preguntó:

—Faysal, ¿es por eso por lo que vas a emprender este viaje hacia Persia? ¿Vas buscando a esa mujer que tanto te inquieta?

—¿Buscarla? ¿Dónde? Yo no tengo idea de si la dueña de esos ojos verdes es real, y si lo fuera tampoco sé dónde podría estar. Eso de encontrarla en un castillo de los caminos de Persia... Si bien es algo, es como decir que la encontraré en un oasis de los desiertos de Arabia. Eso y nada es casi lo mismo en este caso.

Hasán aclaró:

—Mahdi, Faysal no preparó este viaje. Fue una decisión que tomamos mi padre y yo. Faysal y yo habíamos llegado hasta el sur de Arabia buscando caballos, como vosotros sabéis, y nunca lo hemos hecho hacia el norte. Se dice que por allí los hay muy buenos. Sobre todo una antigua raza criada por los territorios del Turkmenistán, al este del mar Caspio y los alrededores del desierto del Kara-Kun. Al parecer son caballos muy estilizados y elegantes, veloces y resistentes, con más alzada que los nuestros.

El emir preguntó:

—¿Es por eso por lo que vais a llegar hasta Samarcanda?

—Precisamente. De esto de Faysal nos estamos enterando ahora, porque él tampoco nos había dicho nada sobre su interés por esas místicas ni de esa conversación con Abd al-Májid —dijo Hasán.

—Yo no quise cargarte de preocupaciones sin necesidad, por las palabras de él —dijo Faysal.

Su abuelo Tawfiq dijo:

—Alegrías y tristezas las tenemos todos en la vida. Si es en la justa medida habrá que dar gracias a Alá, bendito sea su nombre; porque malo sería que el dolor y la tristeza abundaran más que las alegrías. Bebamos esta ronda de café, la que es suave como debe serlo la muerte, para irnos en paz a la búsqueda de la miel y los goces perpetuos del Paraíso, entre nuestras esposas y las huríes.

—La muerte siempre será dulce y gloriosa si es en el campo de batalla, luego de haber abatido a un buen número de enemigos.

—¡Huy, no, Adil! Eso es muy sangriento y doloroso —dijo el emir—. Yo creo que la muerte más dulce y placentera no puede estar sino en la cama.

Tawfiq matizó:

—Siempre que no sea por causa de una larga y penosa enfermedad, situación mala para uno y para la familia.

—Ni tampoco durmiendo. Yo me refiero a estar entre los dulces brazos de una mujer, luego de haber gozado a plenitud de sus múltiples placeres.

—Tú siempre con el placer por delante; me parece muy bien.

—¿Qué piensas tú de eso, hijo? —preguntó Hasán.

—¿Sobre la muerte?

—Sí.

—Yo pienso que el rostro de *'Ezráil*¹⁸ estará rebosante con una hermosa sonrisa al llegar a buscarnos, y encuentre que nuestro corazón está lleno de tranquilidad, amor y buenas obras. Que hemos vivido con la espada dentro de su vaina, sacándola solo para defendernos y no para alimentarla con sangre de otro ser humano, mucho menos de inocentes. Que hemos vivido con la hospitalidad como divisa, la justicia como estandarte y la bondad como cetro; la tolerancia como escudo y el perdón como dádiva generosa y continuada. La muerte resultará ser el más dulce viaje cuando, llegado el momento de la verdad, en nuestro lecho de muerte sepamos que los ojos del más humilde de nuestro pueblo están llenos de lágrimas sentidas, y los corazones de todos se encuentren tan acongojados como si perdieran al padre.

—Hasán, ¿de dónde sacaste a este hijo? —preguntó el emir.

—Alá el Más Generoso me lo envió de primero, para que no me quedara ninguna duda de su magnificencia y de su amor supremo. Yo no he hecho nada más que criarlo tan bien como he sabido y he podido. Faysal tiene sus propias ideas y es bien seguro que seguirá el propio camino que el mismo se abrirá, no el trillado camino que los demás hombres han marcado con sus pasos. Él será un gran guía para nuestro pueblo, Najib, un gran guía y forjador de hombres; puedes tenerlo por seguro.

—Así será, con el favor de Alá, alabado sea su nombre.



18 El ángel de la muerte.

CAPÍTULO 3

Una carrera de caballos y una emboscada sangrienta

—Bueno, ¿entonces, qué? ¿Mañana me vais a dar la revancha que vengo buscando? —preguntó el emir—. El año pasado me ganaste por una mísera cabeza, Hasán, tan solo porque tu yegua estiró el cuello.

—Ella hizo mucho más que estirar el cuello. Claro que te la doy, no faltaría más. Tendrás tu revancha.

—Esta vez traigo una nueva yegua que es superior a la anterior.

—Mucho mejor, eso hará las cosas más interesantes. Yo tengo la misma.

El jeque Tawfiq dijo:

—Este año participamos unos cuantos más. Hemos mandado aviso al jeque Asim al-Basim, en Al-Mayadín, y también al jeque Abú al-Qasim en Al-Busayrah, que corrieron el año pasado. Esta vez hemos incluido al jeque Abú Jawdat, de Al-Muhassan, que nos lo ha pedido. Ellos estarán aquí mañana.

Hasán dijo:

—Te olvidas del jeque Umar.

—Conque Umar Qays de Al-Hasakah también quiere correr. Esto se está poniendo cada vez mejor —dijo el emir—. Nos vamos a divertir bastante. Mi hijo Muntasir quiere participar. Él es muy competitivo. El año pasado yo no lo dejé, si recordáis. Le prometí que lo haría este año, en el caso de que él mejorase como jinete, cosa que ha hecho. Él quiere medirse con Faysal; los demás no le interesamos.

—No es una carrera difícil. Serán las mismas tres millas. Él podrá participar perfectamente —dijo Tawfiq.

—Tú correrás, ¿no es así, Adil? —preguntó el emir.

—Por supuesto. Esta vez mis hermanos también se han animado, así como mis tíos Tariq y Qa'it.

—¿Tus hermanos también van a participar, Tawfiq?

—Ya lo ves. Ellos no es mucho lo que vienen por aquí, pero estas cosas les gustan.

Faysal dijo:

—Mis hermanos Ahmad y Ayub también correrán.

—Entonces, ¿cuántos seremos este año? —le preguntó el emir Najib al-Wafiq.

—Como unos diecinueve o veinte —dijo Adil.

—¿Tantos? No lo esperaba. Lo dicho: cada vez está más interesante. Cuando comenzamos esto, hace ya tres años, fuimos tan solo tú y yo, Hasán.

—Sí, por el desafío que me hiciste y que ganaste.

—Al año siguiente se unieron tu padre y Faysal, junto con el jeque Mahdi al-Maymum que estaba aquí. El año pasado se incluyeron Adil y el jeque Abú al-Qasim que había venido. Y mira ya por dónde vamos. Tantos participantes harán más delicioso el sabor de la victoria y menos frustrante y opaca la derrota.

—¿Por qué menos frustrante? —preguntó Adil.

—Si corren dos nada más, el segundo siempre será el último. Cuando corren varios, el segundo siempre tendrá su lugar de gloria junto al ganador —dijo el emir.

—Sabias palabras son esas.

Hasán dijo:

—Quizás no te guste saber que la carrera de este año ya tiene un ganador anunciado.

—No me digas. ¿Y quién es él? —preguntó el emir.

—Faysal.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo le he regalado a *Alí al-Azam*. Lo estrenará mañana en la carrera.

—¡Caramba! El mejor de vuestros sementales. Ese es un regalo magnífico. Ahora sí que me estoy comenzando a preocupar, aunque estoy seguro de que mi yegua hará un gran papel. Me alegro por ti, Faysal, y porque ahora sí que podremos ver lo que da ese caballo.

—Eso esperamos todos —dijo Hasán.

El emir preguntó:

—¿Cuándo pensáis partir hacia Samarcanda?

—Dentro de una semana —dijo Adil.

—En un mes entra la primavera. A mí me parece que ya vais algo tarde.

—Se hacía difícil salir antes. La temporada de nacimientos y apareamientos nos da bastante trabajo.

—¿No os agarrará el próximo invierno por allá? Hay zonas muy montañosas y elevadas, en las que la nieve será un peligro.

—Nosotros calculamos tardar unos cinco meses o poco más hasta Samarcanda —dijo Adil—, con lo que llegaríamos con un margen holgado de unos quince a veinte días antes del mercado. Una vez que finalice emprenderemos el regreso, que ya serán las últimas tres semanas del verano.

§ §

Durante la mañana del día siguiente fueron llegando los jeques invitados. Después de pasadas las horas de calor de la tarde, se preparó la carrera. Dada la cantidad de gente que se apostó para mirar a todo lo largo del recorrido que estaba previsto, pareció que fuese la ciudad completa. Se supo que incluso habían llegado de los pueblos cercanos.

En un circuito de media milla de largo al que tenían que darle tres vueltas completas, una veintena de jinetes formaron en una línea y salieron al darse la largada. El emir Najib al-Wafiq logró una buena salida y se colocó adelante junto con Hasán al-Amín,

seguidos muy de cerca por el jeque Tawfiq al-Sharif, el jeque Abú al-Qasim y Adil al-Qadir. En tercera línea iban el joven Muntasir y Ahmad con Husni al-Iqbal. Pegados detrás de ellos estaban apeletonados Faysal y los demás.

La primera fila se mantuvo con los mismos jinetes hasta el momento de completar la primera vuelta de una milla, durante la que se habían ido alternando las posiciones centrales.

Faysal controlaba la fogosidad de *Alí al-'Azam*. Se mantenía en el medio del pelotón que se iba separando más. Cuando giraron en el punto de salida para iniciar la segunda vuelta, él fue saliendo de la polvareda. Buscó aire limpio hacia el costado exterior del grupo y dejó que su caballo aumentara algo el ritmo. Pasaron a Ahmad, a Muntasir y Husni. *Alí al-'Azam* fue ganando terreno hacia el grupo de cabeza sin que se dieran cuenta.

Iniciada la tercera manga, ya con la última milla por delante, Faysal arreó un poco más a su caballo acercándose a los cinco de cabeza. Cuando doblaron la última curva para enfrentar la recta de media milla hasta la meta, Faysal estaba pegado detrás de ellos y le pidió todo a su caballo. *Alí al-'Azam* comenzó a tragarse las distancias rebasando a los otros jinetes.

Los jubilosos gritos de su madre y de todos sus otros hermanos y hermanas resonaron por encima de los demás, en el momento en que Faysal atravesó la línea de meta con dos cuerpos por delante del segundo, que fue el emir Najib al-Wafiq.

§ §

Esa noche, en la cena que hacían todos los participantes reunidos alrededor del estanque, en el gran jardín delantero de la casa, la conversación giraba en torno a la carrera, como no podía ser de otra forma. El emir le preguntaba a Hasán:

—¿Cuántas veces nos alternamos en el primer puesto pasándome tú y pasándote yo por una cabeza?

—Yo no llevé la cuenta, fueron unas cuantas. Tú llevabas la ventaja de correr por dentro en las vueltas, y de verdad que tu ye-

gua es buena, Najib. Al final, cruzaste la meta casi con un cuerpo por delante de mí.

—Puede decirse que los dos dominamos de punta a punta hasta el último momento —dijo el emir.

Ayub dijo:

—Eso fue nada más porque mi hermano Hasán os dejó.

Su hermano Ahmad agregó:

—Sí, tiene que haber sido.

—¿Por qué lo decís? —preguntó el abuelo Tawfiq.

—Yo lo digo porque conociendo a *Alí al-'Azam*, no podía entender que Faysal estuviera detrás de mí durante tanto tiempo, por muy mal que le hubiera ido en la salida.

Ayub dijo:

—Yo estaba un poco detrás de él y me di cuenta de los motivos. Faysal se mantuvo en el medio porque estaba controlando a su caballo. Mi hermano lo llevaba aguantado reservándole las energías, en tanto mi abuelo, mi padre y el emir agotaban a sus yeguas queriendo ser los primeros desde la propia salida, con el fin de lucir mejor. Cuando Faysal se fue hacia el exterior, en la segunda vuelta, supe que ya había decidido soltar a su caballo.

—¿Eso fue lo que sucedió, Faysal? —le preguntó el emir.

—Yo he montado antes en *Alí al-'Azam* para entrenarlo, aunque nunca lo hice en una carrera de esa distancia. Lo he corrido en distancias mayores y no fue a toda su velocidad, por lo que todavía no estoy compenetrado del todo con él y no conozco sus limitaciones. Por eso me mantuve en el medio tratando de no perder mucha distancia con la cabeza, atento a las reacciones del caballo. Pronto me di cuenta de que él tiene orgullo y quería salir en persecución de los primeros y, lo más importante, que él tenía de sobra con qué hacerlo. Sin embargo, como yo no estaba seguro de su resistencia si lo dejaba esforzarse al máximo desde un inicio, preferí reservar sus energías para el final, mientras vosotros quemabais las de vuestras yeguas.

—Justo lo que yo he dicho —dijo Ayub.

—Eso fue lo que yo pensé también —dijo Ahmad.

—En la segunda vuelta lo dejé correr algo más. Para la última noté que *Alí al-‘Azam* estaba todavía completo —dijo Faysal—, así que lo dejé desahogarse y correr, aunque no al máximo. Fue suficiente para ir pasando a todos los del medio y quedar pegado detrás de la cabeza, al llegar a la última curva.

Muntasir comentó:

—Yo que iba luchando con Ahmad regodeándome por lo fácil que me estaba resultando batir a Faysal, y su caballo me pasó como si mi yegua fuera un asno. Ahora dice que todavía no iba a toda su velocidad.

Faysal explicó:

—Al encarar la última recta, yo quería comprobar qué velocidad le quedaba a mi caballo, luego de dos millas y media, y ahí le pedí dar todo.

Su abuelo dijo:

—Pues aquello sí que fue velocidad. Cuando doblamos la curva y me pasaste por afuera, yo tenía a Adil pegado detrás e iba de tercero, nariz con nariz con Abú al-Qasim y a un cuerpo de Hasán y Najib. Yo te aseguro que apenas me di cuenta. Era como si tú acabaras de comenzar la carrera. Fue magnífica la manera en que pasaste a tu padre y a Najib, cual una flecha, sin que ellos pudieran hacer nada más que contemplarte.

—Así mismo fue —dijo el emir—. Yo ni miraba para atrás, porque tú y Abú al-Qasim os estabais quedando y ya no representabais ninguna amenaza. A Faysal lo había visto más atrás todo el tiempo y le resté cualquier posibilidad. Hasán me había quitado el interior de la curva y yo lo tenía por la izquierda. Pendiente de él, cuando sentí algo por la derecha no fue más que para ver el polvo que levantaba *Alí al-‘Azam*. Fue verle la cabeza y de seguido la cola. Mi yegua ya no tenía de dónde sacar más. Faysal, si en lugar de haberlo soltado en la última milla lo haces antes,

yo no sé cuántos cuerpos más nos hubieras sacado. Es un caballo espléndido.

—Fue una excelente estrategia, Faysal —le dijo el jeque Umar Qays—. No dice lo joven que eres para el astuto zorro que estás resultando ser. Es mucho lo que ya sabes de caballos.

La cena y las conversaciones durante esa noche duraron un par de horas largas.

§

En el transcurso de la mañana al día siguiente, el jeque Umar Qays se marchó con sus diez guerreros. Durante la tarde fueron marchando los demás jeques que vivían en las poblaciones más cercanas a lo largo del río. El emir y su hijo se quedaron unos días más, como solían hacer en sus visitas. Salieron después del desayuno, pues el viaje a Samarra era largo.

A media mañana del día siguiente, después de que ellos se fueran de Al-Shurf, Faysal estaba sentado conversando con su abuelo, su padre, su hermano Ahmad y sus tíos Adil y Mufid. Planificaban el viaje a Samarcanda, que sería una semana más tarde. No se ponían de acuerdo sobre el número de escoltas que sería conveniente llevar. Faysal decía:

—Sesenta jinetes serán excesivos, pareceríamos tropas. ¿Creéis que haya grupos de bandoleros tan numerosos? No necesitamos tantos escoltas, y a más gente son necesarios más pertrechos y caballos de carga. Por otra parte, aquí quedaríais menguados de fuerzas si ocurriera algo. Yo pienso que unos veinticinco o máximo treinta serían más que suficientes.

—Es un largo camino repleto de bandoleros, además de todos los conflictos de las zonas que vais a cruzar —alegó su padre.

—Lo sé, pero es que si vamos tantos...

Faysal calló y se quedó mirando a ninguna parte. Se puso de pie con la mirada perdida y estuvo de esa manera durante un momento. Su rostro se fue poniendo pálido, él se pasó una mano por la frente y dijo:

—Los están esperando y los van a sorprender.
—¿A qué te refieres, hijo?
—El emir y Muntasir van hacia una encerrona que les tienen entre las lomas de los *Dos hermanos*. Hay como un centenar de jinetes que los atacarán por ambos flancos. Tienen arqueros apostados sobre las lomas y los masacrarán.
Su abuelo le preguntó:
—¿Qué dices? ¿Cómo puedes saber eso?
—Porque lo acabo de ver. Reconocí a Abbas al-Salmán y a su hermano Yusuf.
—¿Cómo es posible que hayas visto eso, hijo? ¿Acaso te has vuelto vidente? —preguntó Hasán.
—No, padre, ella me lo ha mostrado.
—¿Ella? ¿Quién?
—La mujer de los ojos verdes.
—Tú solo los veías en sueños.
—Pero los he visto ahora. A través de sus ojos ella ha querido mostrarme lo que sucederá.
—¿Por qué habrá querido hacerlo? —preguntó su tío Adil.
—Solo puede ser para que yo lo impida. Nosotros podemos evitar esa matanza.
—El emir nos lleva un día —dijo Hasán.
—Alternando el trote y algo de galope podemos alcanzarlos en unas tres horas o poco más, sin agotar a los caballos. Calculo que más que eso sería muy tarde para el emir.
—¿Qué dices tú, padre?
—Mucho sería lo que se gana si evitamos la muerte del emir y su hijo o que los hagan prisioneros. Si es Abbas al-Salmán se haría fuerte con esa victoria —dijo el jeque Tawfiq.
—¿Y si la visión no es cierta? —preguntó Mufid.
—No se pierde nada. Antes bien, les habremos dado un buen ejercicio a nuestros caballos y guerreros, que falta les hace. Salid de inmediato con cien hombres. ¡Tocad el cuerno!

—¡Vamos, padre! —dijo Faysal.

§ §

Faysal y su hermano Ahmad, su padre, sus tíos Adil al-Qadir, Husni al-Iqbal, Mufid al-Hani y Salil al-Tufayl salieron con cien jinetes completamente armados con arcos, espadas y escudos. Casi tres horas más tarde, Faysal hizo una seña y se detuvieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre.

—El emir está a punto de entrar en el paso entre las lomas de los *Dos hermanos* y será atacado desde ambos flancos. Ella me lo está mostrando en otra visión, ahora cual si yo fuera un halcón volando por encima. Todo es muy claro. Sobre cada loma hay un grupo de unos veinte arqueros. Otros dos grupos de jinetes, que tendrán unos cuarenta hombres cada uno, están listos para cargar por ambos flancos contra los hombres del emir que queden tras las flechas. Asumo que los arqueros se les unirán bajando desde las lomas. Más adelante hay otro grupo de doce o quince jinetes que les cortarán la huida por el sur.

—Tú que eres el de las visiones y lo tienes más claro ¿has pensado en algo? Me parece que sí —dijo su padre.

—Es imperativo acabar cuanto antes con los arqueros y sin que nos vean. Podemos dividirnos en tres grupos. Dos con cuarenta jinetes cada uno podemos rodear las lomas y llegarles por detrás. El viento está a nuestro favor y ocultará el polvo y acallará el posible ruido de los cascos. Una vez eliminados podemos descender e ir en persecución de los jinetes de los Banu Tayyib, que ya habrán iniciado el ataque. De esa forma serán ellos quienes quedarán acorralados entre nuestras fuerzas y las del emir.

—Me parece bien. Es la estrategia que yo hubiera elegido. ¿Para qué es el tercer grupo? —preguntó Hasán.

—Adil, que es el mejor arquero, con el tercer grupo de veinte hombres pasará hacia el sur dando un rodeo, y se ocultará allá en posición alta por el lado oeste.

—¿Para qué? —preguntó su tío.

—Estarás atento por si te necesitamos como refuerzo contra el grupo de jinetes que está adelantado en el sur. Si todo va como espero, cuando ataquemos a Abbas al-Salmán escaparán hacia allí, y al salir de entre las lomas agarrarán hacia el noreste.

—Será el único camino seguro que les quedará hacia sus tierras y tendrán que pasar ante mí.

—Precisamente. Desde esa posición podrás terminar de diezmarlo con los arqueros.

—A mí me parece bien —dijo Hasán—. No los persigas, Adil, solamente causa todas las bajas adicionales que puedas entre los que escapen. Nuestro objetivo no es el de acabar con la tribu de los Banu Tayyib, sino darles un fuerte escarmiento y evitar la captura o la muerte del emir y su hijo. Hemos de ser sigilosos.

—Sí, el sigilo ha de ser nuestro compañero y aliado en todo momento —dijo Faysal—. El factor sorpresa es determinante en este plan, si queremos tener éxito. Porque si los arqueros nos descubren nos causarán muchas bajas. Pero tenemos que actuar con rapidez o será tarde para el emir. ¿Te parece bien, padre?

—Yo no veo otro plan mejor. Ese nos dará la ventaja de la sorpresa y evitaremos un peligroso ataque frontal. Husni, ven conmigo por el oeste. Tú también, Ahmad. Mufid, Salil y Faysal iréis por el este. ¡Vamos! A todo galope.

§ §

Faysal y sus dos tíos con los cuarenta guerreros dieron un rodeo y ascendieron a la loma oriental. Al llegar por detrás del grupo de los Banu Tayyib que estaba apostado allí, ya la veintena de arqueros disparaban flechas contra el emir y su escolta.

Los sigilosos guerreros del grupo de Faysal, con la primera andanada de flechas acabaron con los arqueros de Abbas al-Salmán, que agarrados de sorpresa por la espalda no tuvieron oportunidad de reaccionar.

Asomados en lo alto de la loma, Mufid, Salil y Faysal se pusieron al tanto de la situación. El resto de los atacantes de ese lado,

unos cuarenta jinetes, salían cabalgando hacia la posición del emir Najib al-Wafiq y sus cincuenta hombres. Entre ellos ya había jinetes y animales caídos por causa de las flechas que les habían llovido sorpresivamente. Otros caballos corrían solos. A las fuerzas del emir les llegaba el otro grupo atacante por el flanco opuesto.

Entre ambas lomas había un espacio llano de unos trescientos metros o poco más. Uno de los grupos agresores debía de estar comandado por Abbas al-Salmán, el otro por su hermano Yusuf al-Haidar. Salil dijo:

—Todavía podemos alcanzarlos.

—Sí, los iremos agarrando por la espalda. Disparemos a los más atrasados. ¡Vamos! —dijo Mufid.

Con los arcos en las manos, salieron galopando loma abajo. Para cuando alcanzaban el valle, de la otra loma ya descendían Hasán, Husni y Ahmad con el grupo de guerreros. Ellos también habían dado muerte a los arqueros que encontraron allí.

Los Banu Tayyib ya cargaban contra las fuerzas del emir. Faysal y los suyos se les aproximaban a todo galope por la retaguardia. A punta de flechas fueron abatiendo a un buen número de los más rezagados, sin que los de adelante se dieran cuenta. Ya entre ellos desenvainaron los sables.

§ §

El emir Najib al-Wafiq fue agarrado por sorpresa y a las primeras de cambio había sufrido bajas importantes, por causa de las flechas que le llegaron desde ambos flancos. Al darse cuenta del fuego cruzado, intento ponerse fuera del alcance de los arcos enemigos que disparaban desde las lomas. A fin de minimizar la posibilidad de ser alcanzados, el emir había ordenado el galope en columna de a dos cubriéndose con los escudos, y se acercaron más a la loma occidental intentando quedar fuera del alcance de los arqueros en la loma oriental. Poco después vio descender por ambos lados a los jinetes atacantes, y luego divisó a otro grupo que le cortaba el camino.

Con las bajas que ya había sufrido, el emir se dio cuenta de la gran superioridad numérica que los agresores tenían sobre él, y estuvo seguro de que los rodearían. Decidió detenerse, colocó a su hijo Muntasir en el medio, y agrupó a sus hombres con los arcos listos para hacer frente a un ataque por todo el perímetro. Las flechas cesaron de llegar y, poco después, una nueva oleada de jinetes descendieron de cada loma, por lo que el emir supuso que eran los arqueros. Ante tan gran número de atacantes, en ese momento dio por perdida la batalla. Eran demasiados, pero iba a vender muy cara su derrota. Muntasir le dijo:

—Padre, en aquel grupo que baja de la loma oriental, el jinete de blanco es Faysal.

—¿Estás seguro? ¿Cómo puedes saberlo?

—Fíjate bien. El caballo no puede ser otro que *Alí al-‘Azam*.

—Creo que tienes razón, hijo. Tu vista es mejor que la mía.

—Quiere decir que ellos acabaron con los arqueros enemigos en esa loma, por eso dejaron de dispararnos.

—Entonces, ese otro jinete de blanco que viene delante del grupo de la otra loma es Hasán al-Amín. Reconozco a su yegua. Tratemos de resistir esta embestida hasta que ellos lleguen.

El grupo de Faysal, Mufid y Salil, al igual que hacía su padre por el otro lado, en total silencio dio alcance a los últimos jinetes del grupo hostil. Los más adelantados de los Banu Tayyib ya habían entablado la batalla cuerpo a cuerpo con los soldados del emir, y lograron romper su defensa.

Faysal se abrió paso sable en mano a los sorprendidos y desconcertados Banu Tayyib, que no esperaban un ataque por la retaguardia. Alcanzó a ver que su padre ya había llegado hasta el emir y le daba protección, pero no vio a Muntasir.

Faysal no podía distraerse en medio de la lucha, aun así trató de encontrar a Muntasir. Logró verlo enfrentar a un hombre y abatirlo. Quiso ir hacia él y un enemigo le cerró el paso y tuvo que defenderse. Su tío Mufid se interpuso y le dijo:

—Yo me ocupo de este, protege tú a Muntasir.

Faysal encontró a la yegua de su amigo y se inquietó. Buscando entre los caídos, avanzó entre la confusión de jinetes evitando algunos sablazos y logró descubrirlo. Muntasir se levantaba del suelo, estaba herido y trataba de hacer frente al enorme y fornido atacante montado que lo había derribado.

Faysal arrancó a *Alí al-'Azam* a toda su velocidad. Cuando el hombre se aprestaba a descargar su sable contra Muntasir, Faysal llegó a todo galope y arrojó a su caballo contra la grupa de la yegua del otro. El choque fue violento. *Alí al-'Azam* era más fuerte y pesado y, por la velocidad y la embestida, la yegua fue quien llevó la peor parte y giró sobre sí misma con un relincho de dolor. Los dos animales rodaron por el suelo junto con sus jinetes.

Aquel hombre le sacaba a Faysal más de la cabeza y era el doble de corpulento. Si bien Faysal era un buen espadachín, el otro también lo era. Además, sus sablazos tenían una gran potencia y eran difíciles de contener con el escudo, por lo que Faysal se valía más de su agilidad que de su fuerza.

Al esquivar uno de los lances del sable de su oponente, este lo golpeó con su escudo y Faysal logró contenerlo con el suyo. El impacto resultó tan fuerte, que el borde superior de su propio escudo lo golpeó en la boca y sintió el sabor de la sangre. Por la violencia de aquel golpe, Faysal retrocedió tratando de no perder el equilibrio, pero tropezó con la mano de un hombre que yacía muerto. Cayó al suelo de espaldas y el otro se le fue encima. Por muy poco, Faysal consiguió detener con el escudo el sablazo que su oponente le propinó desde arriba. Tuvo tanta potencia que le partió el escudo, y el filo del arma todavía lo cortó en el hombro y a lo largo del brazo izquierdo.

Faysal rodó por tierra para alejarse y logró evadir el siguiente golpe y levantarse. Con otro hombre enfrente hubiera preferido acercarse más. Con uno tan grande y fuerte no se podía arriesgar a que él lo sujetara, le diera un nuevo golpe con el escudo o

una patada. Se mantuvo a distancia y esquivaba o bloqueaba sus ataques. Él sabía que estaba en desventaja, sobre todo al haber quedado sin escudo, y que no le convenía prolongar aquello con un enemigo tan fuerte y hábil. Tenía que hacer algo y pronto.

Desvió un golpe de sable, retrocedió, trastabilló y giró. No llegó a caer; pero dobló una rodilla en tierra y quedó de espaldas al otro, que se le acercó por detrás y levantó el sable tan alto como pudo, para descargarlo con toda fuerza sobre su cabeza.

En ese fugaz momento de descuido del otro, Faysal aprovechó su posición inferior y se revolvió como lo haría una serpiente al ataque. Su sable silbó segando el aire en un veloz movimiento horizontal. La punta encontró, por debajo del escudo, el vientre desprotegido del hombre y lo rajó de lado a lado. El enorme contrincante gritó de dolor, soltó sable y escudo y se sujetó el vientre. Faysal se puso de pie con rapidez, su sable volvió a surcar el aire en sentido contrario y lo decapitó con un solo golpe.

§

El jeque Abbas al-Salmán se dio cuenta de las fuertes pérdidas que tenía, y que era él quien estaba en situación muy delicada con aquellos refuerzos que el emir había recibido. Dio la orden de retirada y salieron a todo galope. Hasán le gritó al emir:

—¡No los persigáis, no los persigáis!

Sus hombres lanzaron el grito de guerra característico de los Banu Mughirah.

Faysal corrió al lado de Muntasir, que había quedado sentado cerca observando su lucha.

—¿Qué tan herido estás, Muntasir?

Con el dolor reflejado en la cara, él joven respondió:

—Era un hombre muy fuerte. No logré contener su golpe y me alcanzó en el hombro derecho. Ya no puedo mover el brazo ni sostener mi sable, duele mucho. Fuera de eso estoy bien. Muchas gracias por tu ayuda, Faysal; te han herido por causa mía y han estado a punto de matarte. Yo hubiera sido el siguiente. Fue

muy bueno ese engaño que le hiciste al pretender que tropezabas por segunda vez, para que él se descuidara.

Llegaron Najib al-Wafiq y Hasán. El emir saltó de su montura y corrió hacia su hijo.

—¿Cómo estás, hijo mío? ¿Te encuentras mal herido?

—Tengo nada más que este tajo en el hombro, padre.

—La herida no es profunda, aunque es grande —dijo Faysal que lo revisaba.

—Hijo, la hoja de tu sable tiene sangre —señaló el emir.

—Yo lo vi abatir a un hombre —dijo Faysal.

—¿Es cierto eso?

—Sí, padre. Pero no importa cuántos logré abatir yo, sino que Faysal me ha salvado la vida. Cuando el hombre que me había herido me iba a rematar en el suelo, Faysal se le echó encima y lo tiró de su yegua. Luchó con él a pie y a pesar de que resultó herido logró matarlo. Era un hombre muy grande y fuerte.

—¿Cómo estás tú, Faysal? —preguntó Hasán—. Sangras mucho por ese brazo y la boca. Déjame colocarte este pañuelo para detener la sangre del brazo.

—Ha sido un corte a lo largo, desde el hombro hasta el codo; no parece profundo y creo que me recuperaré pronto. Ya estoy comenzando a sentir el dolor —dijo Faysal.

Mufid al-Hani le había dado la vuelta al decapitado, buscó su cabeza y dijo:

—Esto nos traerá problemas.

—¿Qué ocurre, hermano? —preguntó Hasán.

—El hombre que Faysal mató es Yusuf al-Haidar.

—¿El hermano de Abbas al-Salmán? —preguntó el emir.

—Sí.

—Hasta ahora nadie había logrado vencer al enorme Yusuf al-Haidar¹⁹ «Al-Jabal²⁰» —dijo Salil.

19 El león.

20 La montaña.

—Pues ahí está muerto —dijo Mufid—. Faysal fue piadoso, después de todo, y al decapitarlo le ahorró el sufrimiento. Muy bien lo pudo haber dejado morir con la barriga abierta.

—Es un mal asunto —añadió Hasán.

—Él se lo buscó —dijo Salil.

—De todos modos. Esto llevará el rencor de Abbas al-Salmán al máximo. No nos perdonará que le hayamos estropeado su victoria segura sobre el emir y las fuertes bajas que ha tenido. Él que pensaba ganar armas, caballos y alguna buena bolsa de oro, resulta que ha perdido unos sesenta hombres aquí. Mucho menos perdonará la muerte de su hermano.

Husni dijo sentencioso:

—Se sabrá que fue Faysal quien mató a Yusuf. Eso lo pondrá de primero en la mira de Abbas al-Salmán. Desde ahora vas a tener que dormir con un ojo abierto, Faysal.

—Eso no me quitará el sueño.

El emir dijo:

—Si Yusuf intentó matar a mi hijo es que no buscaban cobrar un rescate por nosotros, sino matarnos y tomar botín.

—Eso es lo que parece —dijo Hasán—. Porque con la andanada de flechas que os mandaron no se podía elegir el blanco.

Faysal le dijo:

—Emir Najib al-Wafiq, permíteme decirte que has caído en una celada que muy bien pudo evitarse, si hubieras sido algo más previsor y cuidadoso.

—¿Por qué lo dices?

—Has confiado en la vistosidad de tus estandartes de gobernador de Samarra y en el número de tus guerreros. Vosotros estáis muy lejos de Samarra y por estos lugares sois unos extranjeros más; no todos os tienen miedo ni os respetan. Pude apreciar que tú llevabas oteadores por delante, nada más, pero no en donde deberías de llevarlos y más falta te hacían.

—¿Y cómo debería llevarlos?

—Dos o tres hombres en cada flanco, a una distancia de un tiro de flecha del cuerpo principal o lo que las condiciones del terreno lo permitan. Siempre ha de permanecer uno de ellos a la vista. Los flanqueadores son indispensables cuando se viaja rodeado de dunas o de promontorios y colinas, detrás de las que un ejército se puede ocultar tranquilamente. En la vanguardia, dos parejas de oteadores como sueles llevar. No juntas, sino separadas entre sí cien o doscientos metros, según el terreno, y siempre con dos jinetes a la vista. A la retaguardia otros tantos. Con esa disposición evitarás estas sorpresas mortales. Si unos oteadores en los flancos se hubieran acercado y subido a las colinas, a fin de observar a mayor distancia, habrían descubierto a los jinetes ocultos y a los arqueros encima. Con eso habrías tenido mucho más tiempo de reaccionar y hubieras evitado las flechas.

—Lo tendré muy en cuenta, Faysal.

—Najib, te recomiendo regresar con nosotros a Al-Shurf. La herida de Muntasir no es grave, pero necesita reposo y curarla bien para que no se le infeste —dijo Hasán—. El viaje a Samarra os llevará unos catorce días. En esas condiciones sería doloroso para él y se podría agravar la herida. Además, tienes bastantes hombres heridos que también requieren atención médica inmediata.

—Tienes razón. Muchas gracias, Hasán. Enviaré unos jinetes hasta Samarra para que allí sepan lo sucedido. También para que me envíen refuerzos para el regreso. He perdido muchos hombres y no me pienso arriesgar de nuevo.

—Yo también enviaré jinetes por delante a casa para que sepan que estamos bien y que el médico se prepare —dijo Hasán—. Sobre todo para que se queden tranquilos mis padres y Sakina la madre de mis hijos Faysal y Ahmad. Ahora daremos un descanso a nuestras yeguas, que lo están necesitando, y pasaremos las horas del calor mientras atendemos y vendamos mejor las heridas. Luego cabalgaremos al trote o a paso rápido, incluso durante la noche si es necesario.

Llegaron los veinte arqueros con Adil al-Qadir, quien dijo:

—Les causamos unas buenas bajas adicionales cuando se iban en desbandada. Fue tal como lo previmos. Ellos no se lo esperaban. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Con Faysal tenemos cinco heridos leves sin mayores consecuencias —le informó Hasán—. Muntasir también está herido y el emir ha perdido a dieciséis hombres y un buen número de caballos. Otros once hombres y varios caballos están heridos. Nos devolvemos todos para Al-Shurf. Que los cuerpos de los Banu Tayyib queden aquí. Ya Abbas al-Salmán los recogerá cuando compruebe que hemos marchado. Que él entierre a sus muertos. Estimo que habrá perdido a unos dos tercios de sus jinetes.

—¿Ese no es Yusuf al-Haidar? —preguntó Adil.

—El mismo.

—Así que el terrible Yusuf fue abatido. ¿Lo hiciste tú?

—Fue Faysal.

—¿Faysal? Quién lo diría del cachorro. Está saliendo al padre y al abuelo.

El emir Najib al-Wafiq preguntó:

—¿Cómo habéis aparecido de manera tan oportuna? Esto no ha sido una casualidad.

Hasán dijo:

—No, no lo ha sido. Mi hijo Faysal nos avisó. Él nos informó de lo que iba a suceder y sobre la marcha preparó la estrategia.

—¿Cómo lo supiste tú, Faysal?

—Me lo dijo una mujer de las que no existen.

—¿Qué quieres decir?

—Tuve la visión de los ojos verdes. A través de ellos observé lo que iba a ocurrir. Ahora sí estoy completamente seguro de que se trata de una señora de los sueños, porque solamente una mística de esas pudo haber sido capaz de hacerlo.

—Si algún día llegas a encontrar a esa mujer dale mis más profundas gracias. Y si la trajeras ante mí la cubriré de joyas.

—Yo dudo mucho que ella las aceptase.

—¿Cómo puedes saberlo? Ninguna mujer rechazaría eso.

—Ella sí —dijo Faysal.

—¿Tanto la conoces ya, tan solo de verle los ojos y escuchar lo que no recuerdas? —preguntó el emir.

—De esa manera es que yo lo siento, pero si algún día la encuentro se lo diré de tu parte. Bueno, Muntasir, ya has estado en el campo de batalla y has recibido el bautizo como guerrero. Con trece años ya abatiste a tu primer enemigo y demostraste coraje y valentía, puesto que no te amilanaste ni estando en tierra con una desventaja enorme. Hoy también has sido herido en combate. Cuando regreses a Samarra tendrás mucho que contar a tus hermanos y primos y a las jóvenes de palacio.

—Lo haré, sin duda, pero hay una sola cosa que yo contaré con verdadero orgullo cuando regrese. Esa es que mi hermano Faysal expuso su vida y derramó su sangre para salvar la vida de mi padre y la mía, y yo estoy en deuda eterna con él y con su familia.



CAPÍTULO 4

Un vidente hombre ciego y una historia de amor

Una semana después del ataque, el emir Najib al-Wafiq, su hijo Muntasir y los demás heridos estaban lo suficientemente repuestos para reemprender el viaje de vuelta a Samarra. No obstante, iban a quedar esperando por los refuerzos que les llegarían desde Samarra.

La herida de Faysal había mejorado también y decidieron emprender el viaje porque, sin saber con exactitud los días que les llevaría, no querían arriesgarse a no llegar a tiempo para el mercado anual de Samarcanda. Adil ofreció al emir salir juntos. No sería necesario esperar por los refuerzos, porque ellos llevaban cuarenta hombres y tenían que ir también hasta Bagdad. Desde allí se encaminarían al noreste para seguir el camino hacia Janaqin, Qasr-e Shirin, Kermanshah, Rhages, Mashhad y Merv hasta Samarcanda. Al emir le pareció muy bien, ya que en el camino se encontrarían a los refuerzos y no perderían tanto tiempo.

Después de desayunar se prepararon para partir y fue el momento de las despedidas. Los hermanos y hermanas de Faysal lo besaron y pidieron porque volviera con bien, y con excelentes caballos y dromedarios.

Su hermana Salima, de trece años, que era hija también de su misma madre y la más apegada a él, había estado bastante enferma dos semanas antes. Presentó fiebre muy alta, vómitos y diarreas y se temió seriamente por su vida. Pero de la noche a la mañana se había recuperado de manera sorprendente. Ella le dijo:

—Cuídate mucho, Faysal.

—La que se tiene que cuidar eres tú, hermanita, porque has estado muy grave. No se te ocurra volver a beber agua de las charcas junto al río, por más claras que se vean.

Ella lo llevó aparte y le dijo:

—Yo no te había querido decir nada, hermano, hasta que te pusieras en viaje. Fue ella quien me curó.

—¿Te refieres a Nabila, la esposa de Jalal al-Hakín, que te estuvo atendiendo?

—No, a la mujer que tú vas a buscar.

—Yo nunca he dicho que en este viaje fuera en busca de ninguna mujer. ¿Qué sabes tú de eso, Salima?

—Sé que ella te está esperando porque *al-Sayyidat* me lo dijo cuando me curó. Ella se presentó junto a mi cama brillando con una hermosa luz, me puso una mano en la frente y otra en la barriga y me curó; fue nada más que con sus manos y su luz.

—¿Tú la viste completa, Salima?

—Sí.

—¿Cómo es ella?

—Es muy hermosa y parece una reina. Tiene la piel blanca, el cabello negro y unos ojos verdes como yo nunca los he visto.

—Entonces, ¿el color de sus ojos no es simbólico, sino real?

—Sí, muy real. Encuéntrala y tráela, hermano, que serás muy dichoso con ella a tu lado como esposa única.

—¿Cómo sabes que yo no deseo más que una esposa? ¿Has estado escuchando conversaciones de hombres?

—No ha sido necesario; yo te conozco bien, hermano. Además, ella misma me lo dijo; conoce muy bien tu corazón porque es una señora de los sueños. Yo no le he dicho esto a nadie, ni siquiera a mis hermanas o a nuestra madre.

—Salima, te agradezco mucho que me hayas confiado esto y te pido que lo sigas manteniendo en secreto. Un secreto entre los tres: tú, yo y ella. ¿Te parece?

—Sí, será nuestro secreto. Tú tráela, es lo único que yo quiero. Ansío verte desposado con ella.

—Salima, yo no voy buscando a una esposa. ¿De dónde sacas eso? Vamos a buscar caballos y dromedarios, tú lo sabes.

—Sí, y luego tú la buscarás a ella —insistió su hermana.

—En este momento yo no tengo nada de eso en mente.

—Tú lo tendrás, hermano, porque *al-Sayyidat* está esperando por ti y de ella no te puedes escapar —dijo ella sonriente.

—Aunque así fuera... Yo lo único que tengo es curiosidad por saber de quién son esos ojos verdes tan hermosos. Pero no busco una esposa.

—Está bien, como tú quieras. Ya me lo dirás cuando la encuentres y cambies de parecer.

—Te amo mucho, hermanita.

—Y yo a ti, hermano. Que Alá te acompañe y alumbre tu camino con bien para que encuentres a *al-Sayyidat*.

—¿Por qué le dices *La Señora*?

—Porque la que te espera es *al-Sayyidat al-Ahlám*, la propia *Sayyidat*; créeme, hermano.

—¿Cómo has dicho? Salima, ¿cómo es que conoces ese nombre? ¿Dónde lo has escuchado?

—Ella me lo dijo cuando le pregunté quién era. No me quiso decir su nombre de mujer, pero me dijo ese, que es el título que se le da. Ella es la mismísima *Sayyidat al-Ahlám*, la propia.

—¿Es muy anciana?

—¿Qué anciana, hermano? ¿De dónde has sacado tú eso? Ella tendrá unos catorce años o a lo sumo quince.

—¿Cómo alguien tan poderosa va a ser tan joven?

—Yo no tengo idea. Pero no creo que eso importe ahora.

—Ella es casi una niña, poco más que tú.

—Faysal, olvídate de la edad, ¿quieres? Me parece que tú te apegas demasiado a eso. Olvídate de lo que nuestro padre y tíos te hayan aconsejado sobre las diferencias de edades entre hombre

y mujer. No importa qué edad tenga *al-Sayyidat* porque ella es toda una mujer, yo lo he sentido. Encuéntrala sin falta, que ella es más importante para ti que todos los caballos que puedas encontrar en este viaje.

—¿No te dijo en qué lugar estaba?

—Ella me dijo que junto al mar.

—¿El mar Caspio?

—Eso no me lo aclaró —dijo Salima.

—Pues no veo cómo me puede concordar eso con el castillo, porque nosotros no pensamos pasar cerca del Caspio.

—¿Qué castillo?

—El que Abd al-Májid me dijo que estaba en los caminos de Persia y que era donde yo la encontraría.

Salima le dijo:

—Si es en el Caspio donde ella te espera, ten por seguro que tendrás que acercarte hasta allí por algún motivo. Pero no te preocupes por eso, que *al-Sayyidat* lo ve todo y te observa, que es lo que de verdad importa para ti. Ella te guiará cuando sea el momento porque conoce lo que tú tienes que hacer. Confía en tu corazón, hermano, y en los dulces ojos verdes.

Llegó Sakina, la madre de los dos, y dijo:

—Faysal, cuídate mucho, hijo. Este viaje es muy largo y peligroso y yo quedaré angustiadísima. Ya le dije a Ahmad.

—Madre, también fue largo el otro que hice al sur de Arabia con mi padre.

—Sí, pero ibas con él. De todos modos, yo estuve preocupada por los dos.

—Ahora voy con mis tíos Adil y Mufid.

—Para mí no es lo mismo. Ellos, por mucho que te cuiden, no se preocuparán por ti como lo haría tu padre. Cuida mucho a tu hermano Ahmad, por favor. Ya le dije que te hiciera caso.

—Lo haré madre, claro que lo haré, tú quédate tranquila que todos nos cuidaremos mucho. La que tiene que cuidarse bien

eres tú por tu embarazo. Al parecer, yo ya tengo quien me cuide desde lejos con bastante celo.

—¡Ay, ahora que lo dices! ¡Anoche soñé con ellos, hijo mío! Yo no lograba conciliar el sueño, preocupada por tu hermano y por ti, y ellos se me aparecieron.

—¿Quiénes se te aparecieron?

—Los ojos verdes de ella. Vi sus maravillosos ojos que me dieron tranquilidad y sosiego y recuerdo las palabras.

—¿Puedes recordarlas, madre? ¿Será que tan solo las mujeres podéis hacerlo? ¿Qué fue lo que te dijo ella?

—Hijo mío, *La Señora* me dijo que ella te cuidaría personalmente porque tú eras de mucho interés para ella; que eras la persona más importante del mundo y la vida más preciosa. Eso me ha hecho muy dichosa y, dentro de toda mi inquietud, me tranquiliza bastante saber que ella vela por ti.

—Está bien, madre, me alegra que me lo hayas contado y que puedas quedar más tranquila. Cuando yo regrese quiero ver qué hermano o hermana más nos has dado sano y fuerte.

Hasán se acercó y lo apremió:

—Faysal, termina de despedirte de una vez, que ya todos están a caballo esperándote. Y eso que te pedí que lo hicieras con tiempo. Desde ayer estás en despedidas. Monta de una vez, anda, o las recomendaciones de tu madre y de tu hermana no terminarán nunca.

Faysal le dijo a su madre:

—Te traeré un hermoso regalo de Samarcanda. Para ti también, Salima. ¿Hay algo que te gustaría en especial?

—Hermano, si deseas hacerme dichosa regresa con lo que yo quiero, que eso sí es lo más hermoso y valioso del mundo para mí y para todos nosotros —dijo Salima picándole un ojo.

Faysal montó en su caballo y su padre le dijo:

—Recuerda hacer paradas durante la jornada y les quitáis las sillas para que los animales descansen bien.

—¿Y ahora quién es el que me repite todas las recomendaciones, otra vez más? —le preguntó Faysal burlón—. Tranquilo, padre, que así lo haremos. Cuidaremos muy bien a los caballos y descansaremos nosotros también.

Su tío Adil se acercó sobre su yegua y le dijo:

—Vamos, Faysal, o tu padre nos volverá a dar todas sus recomendaciones hasta el cansancio.

§

Muntasir se colocó al lado de Faysal para conversar. El grupo de este lo conformaban su hermano Ahmad, que hacía poco que había cumplido los dieciséis años; sus tíos Adil al-Qadir, quien tenía treinta y cuatro y estaba al mando de la expedición, y Mufid al-Hani que lo seguía en edad con veintinueve. Llevaban también a media docena de esclavos, además de cuarenta guardias y varios caballos con las jaimas y pertrechos.

Poco después dejaban atrás la ciudad de Al-Shurf, situada en una meseta frente a la confluencia del río Jabur con el Éufrates, en las llanuras de la fértil cuenca de este, que allí discurría encajonada entre las áridas llanuras esteparias. Se encaminaron hacia el sureste por la vieja ruta comercial que seguía el curso del gran río. Por el noroeste venía desde Anatolia. Por el oeste llegaba de la costa oriental del Mediterráneo, que desde Hims cruzaba el desierto sirio por Palmira. Desde Bagdad llevaba a Persia y Samarcanda y por un lado se ramificaba hacia la India; por el otro se alejaba hacia las estepas de Mongolia y la lejana y enigmática China.

§ §

A cinco días de seguir los ancianos caminos encontraron a tres personas. Estaban sentadas a la vera, bajo la sombra de un árbol. Vestían una túnica blanca y cubrían sus cabezas y rostros con un *ghutra* rojo. Todos se detuvieron y Faysal desmontó junto con su hermano y sus tíos.

—*Al-salamu 'Alaikum* —saludaron ellos.

—*Wa-'alaikum al-salam* —respondieron los otros tres.

—Abd al-Májid, me resulta una hermosa casualidad encontrarte aquí —dijo Faysal.

El hombre bajó la parte del *ghutra* con que se cubría el rostro. Tendría entre treinta y cinco a cuarenta años y era ciego de sus ojos físicos, mas no de los de su espíritu, porque se encontraba dotado de una notable clarividencia y percepción extrasensorial. Sonrió y dijo:

—Puedo notar la sinceridad en tus palabras, Faysal al-Akram, porque tu corazón siempre habla con su hermosa verdad. Este encuentro nada tiene de casualidad. ¿Podríamos hablar a solas?

Adil hizo una seña para que todos desmontaran. Él, su hermano y Ahmad se retiraron más allá, junto al emir y su hijo. Los dos acompañantes del místico errante se apartaron también.

—Faysal, no fue simple curiosidad la búsqueda que tú hiciste en la biblioteca de Damasco. Ni es una casualidad la expedición que ahora estás realizando, en tan lejana búsqueda de buenos caballos y dromedarios.

—Sí, es cierto que este viaje no es una casualidad, ya que mi padre y mi abuelo lo planificaron de esta manera.

—¿Eso piensan ellos? Pues están equivocados, porque la idea no surgió de ninguno de los dos —dijo Abd al-Májid.

—¿No? Si tampoco fue mía, ¿de quién fue?

—De alguien capaz de entrar en la mente de las personas y susurrarles ideas y ponerles imágenes, como las de ciertos espléndidos caballos turcos. Tampoco es una casualidad que yo esté aquí, ya que estaba esperando por ti.

—¿Para qué?

—Hay cosas que no te dije la otra vez porque no era el momento. También hay algo que quedaste con ganas de preguntar.

—Ya que lo mencionas. ¿Qué quisiste decir con que, como hombre, yo ya estaba sellado a las miradas de cualquier mujer.

—Tu corazón es el que ha quedado sellado al influjo de cualquier mujer que no sea ella. Faysal, el amor no es un objeto que

se divida para repartirlo disminuyendo el tamaño de cada porción, sino que es un sentimiento que se multiplica sin pérdidas. También hay amores y personas que no se comparten. Ella te eligió a ti para ser su esposo, y donde ella está como mujer no puede tener cabida otra.

—Por *ella* ¿te refieres a la mujer de los ojos verdes que yo veo en mis sueños?

—A ella misma —confirmó Abd al-Májid.

—¿Una señora de los sueños?

—No *una*, Faysal, sino *la*. Ella es «La Señora de los Sueños», la propia *al-Sayyidat al-Ahlâm*, como tu hermana Salima te dijo.

—¿Por qué ella me habría de elegir a mí y sin conocerme siquiera? Es el hombre quien elige a su esposa, no al revés.

—Esas parecen más palabras de tu padre, de tu abuelo o de tus tíos; no tuyas, Faysal. En el amor no hay uno y otro ni quien esté obligado a tomar la iniciativa. Un hombre puede que cumpla con la formalidad, puramente social, de ser quien pida a una mujer por esposa. Eso no quiere decir, de ninguna manera, que no haya podido ser la mujer quien tomó la iniciativa de capturar su amor. ¿Verdad que no?

—No, tienes razón: hablé un poco a la ligera.

—Las señoras de los sueños son quienes eligen al hombre, no se sientan a esperar nada más. Dichoso tú, Faysal, dichoso eres tú entre todos los hombres. Quien te ha elegido y te está esperando no es una mujer cualquiera, porque se trata de una señora de los sueños. Ella tampoco es una princesa más de la hermandad, de las tantas que ha tenido, sino una de esas tan especiales que surgen cada muchas centurias para preparar advenimientos únicos. Faysal, esa mujer es un excelso espíritu superior venido para tener una hija, quien será la mujer más grande que por muchos siglos habrá de caminar sobre este mundo.

—¿Qué quieres decir con que es un espíritu superior? ¿Qué es eso? ¿Es como un ser angelical o algo parecido?

—Casi. Muy bien podría definirse de esa manera, porque ella es un ser de luz. Pero eso no es algo que sea yo el llamado a aclararte. Faysal, tú has sido el elegido por *al-Sayyidat al-Ahlâm*.

—¿Para ser su esposa?

—Para ser el padre de la luminosa criatura a la que ella traerá a la luz de este mundo. Dichoso tú entre todos los hombres, Faysal.

—¿Quieres decir que ella ha influido en mí para que yo la tome por esposa?

—¿Influir? ¡Hum! ¿Acaso una mujer no influye en la decisión de un hombre cuando ella entorna los ojos, abanica sus pestañas, le sonrío de manera sensual y lo roza como al descuido?

—Bueno, sí; pero una mujer no se mete en la mente de ese hombre, para influir en sus ideas y decisiones haciendo que se la desee como esposa.

—Faysal, ¿qué te hace pensar que ella haya hecho eso contigo? Si te miras en un espejo ¿esa imagen reflejada está influyendo de alguna manera en tus decisiones, por sí misma?

—No por sí misma, claro. Seré yo quien pueda tomar alguna decisión por mí mismo, de acuerdo con lo que yo crea ver en mi imagen reflejada allí.

—Si tú cierras los ojos y visualizas a tu hermana Salima, ¿ella está en tu mente? —le preguntó Abd al-Májid.

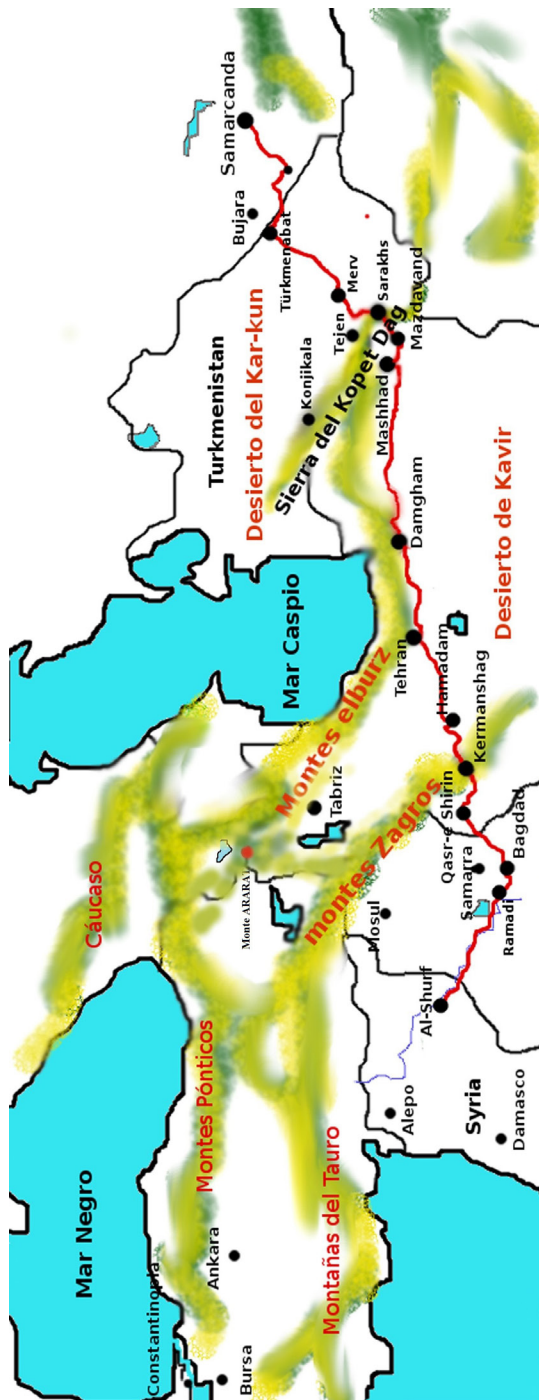
—Sí, en cierta forma.

—¿Ella está influyendo en ti de alguna manera o haciendo que tú cambies tus ideas?

—No.

—Faysal, ninguna señora de los sueños haría eso para conquistar a un hombre, mucho menos ella. *Al-Sayyidat al-Ahlâm* no ha influido en tu mente ni llenado tu corazón de amor por ella, cual un hechizo. ¿Acaso en este momento sientes que la amas?

—En mi corazón no hay todavía amor por mujer alguna, como para yo desear tenerla por esposa. Por esta mujer de ojos verdes siento curiosidad e intriga, nada más.



—¿Entiendes lo que te digo? Ella tan solo te guiará hasta donde está esperándote, nada más que eso. Cuando la conozcas serás libre de elegir. Tú podrás decidir tomarla por esposa o no hacerlo y seguir tu camino.

—¿Así de simple?

—Así mismo. ¿Tendría que ser de otra manera? A ver, tú imagínalo como que vas a conocer a una mujer que tu padre le gustaría como esposa para ti; pero que, en último caso, eres tú quien tiene la decisión. No existe ningún compromiso sellado.

—Visto de esa manera...

—Faysal, por lo que yo te conozco, tú no deseas a una mujer cualquiera. Una que sea obediente y sumisa como una esclava y que te diga sí a todo, sin contrariarte en nada, por más disparatado que sea. Que te complazca en la cama durante la noche y de día se ocupe del hogar y de tus hijos, mientras tú pasas el tiempo atendiendo caballos y camellos, conversando y tomando el café con los hombres. Tampoco buscas a una que sea exigente a ultranza, caprichosa, gruñona, malhumorada; discutidora en todo y llevadora de la contraria, por muy hermosa que ella sea.

—¿Y qué crees tú que busco?

—Yo no lo creo, lo sé porque puedo ver en el interior de tu corazón. Tú buscas a una mujer muy equilibrada y alegre, capaz de jugar contigo como lo haría una niña; que rete a tu inteligencia y sagacidad y sea tu igual; pero no solo en una partida de ajedrez. Buscas a una mujer con la que puedas conversar de todo, ya sea de caballos, camellos, de comida; de vestuario, medicina, el tiempo, filosofía o astronomía; una mujer inteligente, refinada y culta. Pues yo te digo que en *al-Sayyidat al-Ahlâm* encontrarás todo eso y mucho más, a un nivel que tú jamás podrías soñar. Ella es una mujer que supera con mucho tus conocimientos generales y los de cualquiera. En este momento no existe nadie más inteligente y culto que ella.

—¿Ni siquiera los sabios?

—¿Sabios en qué? Porque no hay sabios en todo. Faysal, ella es la sabiduría; ella es quien lleva los atisbos de lucidez a la mente de los sabios. Ya te lo digo: no hay nadie que tenga sus conocimientos, mucho menos sus inigualables dones y poderes.

—¿Ella es la mujer más sabia y con los mayores poderes? ¡Pero si es poco más que una niña!

—Faysal, yo hablo de una mujer. ¿De qué niña me estás hablando tú? —preguntó Abd al-Májid.

—De ella. Mi hermana Salima dijo que tenía unos catorce años.

—¿Eso te inquieta?

—En parte sí, porque no es congruente esa edad con toda la sabiduría que tú me dices que ella tiene.

—¿Y si te dijera que tiene veintiocho años?

—Bueno, en ese caso podría ser distinto; ya es una mujer.

—¿Sí? ¿Y haría alguna diferencia para ti si yo te dijera que ella tiene cuarenta?

—A ver, Abd al-Májid, decídete por una edad.

—Faysal, ¿acaso ella no podría aparentar esa edad y, sin embargo, ser centenaria? Cuando tú la has visto en tus sueños ¿la sentías como a una niña?

—Pues no, la verdad es que no, ahora que lo mencionas. Yo sentía a una mujer a la que no podría ponerle una edad.

—Es porque en ella la edad no cuenta como en las demás personas. Te aseguro que cuando la encuentres sentirás que tienes ante ti a toda una mujer y a mucho más que una mujer. Muy pronto te darás cuenta también de que ella es la sabiduría. ¿Te inquieta que una mujer sepa más que tú?

Faysal respondió:

—No, a mí no me inquieta. Yo no he recibido ninguna educación especial y no soy erudito ni sabio en nada. Además, ¿qué diversión puede tener jugar al ajedrez con alguien menos diestro que uno, sabiendo de antemano que siempre ganarás cada partida? Quien esté a tu mismo nivel hará interesante el juego, pero

tan solo se puede aprender de quien sabe más que uno, aunque sea una mujer.

—¿Lo ves? Ese es uno de los motivos por los que ella te eligió, Faysal, porque tú no eres igual que los demás hombres. Mucho menos en lo que respecta a las mujeres.

—¿Y por qué más me eligió ella?

—Eso tendrás que preguntárselo tú, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí —dijo Faysal—. Fuera del hecho de que ella es *al-Sayyidat al-Ahlâm*, ¿quién es como mujer?

—Ella es la que es. Ella tiene a sus pies reyes y reinos. Ahora mismo podría ser reina o emperatriz si lo quisiera; pero tan solo desea compartir tu jaima Faysal, contando con tu amor.

—Muy poco pide ella, entonces, pudiendo tener tanto.

—Por eso es la que es. Yo te digo que a ti, que tan solo pides amor y comprensión, ella te dará muchísimo más.

—Tú hablas como si lo dieras ya por hecho, Abd al-Májid.

—No, Faysal, no soy yo quien lo da por hecho, sino ella. Para el hombre nada es un hecho hasta que no ocurre, por mucho que la más firme y clara de las visiones lo indique. Sin embargo, esa mujer es muy distinta. *La Señora* sabe que tu unión con ella es un hecho para Alá, que es quien lo ha decretado así. Esto es un hecho ya porque es *maktub*²¹.

—¿Es *maktub*? ¿No podré hacer nada para evitarlo?

—Sí que podrías hacerlo, Faysal, sí que podrás.

—En ese caso no es *maktub*. Una cosa es inmutable o no es inmutable, pero no puede ser ambas cosas al mismo tiempo.

—Faysal, el límite entre aquellos hechos que pueden ser modificados por el ser humano y los que no, te digo que es muy sutil, difícilmente diferenciable para el hombre. Esta unión vuestra se encuentra decretada. De todos modos, lo podrías evitar no casándote con *al-Sayyidat al-Ahlâm*. Lo que ocurrirá será que tú no lo querrás hacer.

21 Lo que es fijo e inmutable en el destino, por lo que no puede ser cambiado por el hombre.

—¿Por qué no?

—Cuando la conozcas a ella tendrás tu respuesta.

—Bueno, incluso suponiendo que ella me guste tanto como para yo pensar en pedirla por esposa, habrá que ver lo que dicen sus padres.

La sonrisa que puso ahora Abd al-Májid fue la más grande que Faysal le hubiera visto.

—Faysal, en este mundo humano nadie está por encima de la voluntad de esa mujer. Lo que ella quiera que sea, eso será.

—¿Así es la cosa? ¿Cómo la reconoceré?

—¿A ti te parece poca seña sus ojos tan peculiares? Que tú ya conoces tan bien y de tan cerca, mucho mejor que nadie.

—Yo voy a tierras extrañas y sé que hay muchas personas de ojos azules y claros. Podría encontrar algún lugar donde abunden los ojos verdes.

—¿Qué mujer desconocida le daría agua a tu caballo sin tú pedírselo? —le preguntó Abd al-Májid.

—Quizás alguna podría hacerlo como un acto de gentileza.

—¿Y qué mujer, después de darle agua a tu caballo, te daría a ti directamente de su vaso?

—Una mujer no comparte el agua de su propio vaso si no es con su esposo. ¿Por qué una haría eso con un extraño?

—Precisamente, Faysal, precisamente. ¿Por qué razón lo haría de hacer ella?

—¿Dices que está enamorada de mí?

Abd al-Májid se encogió de hombros y respondió:

—No losé. Por algo te eligió, ¿no?

—¿Por qué?

Hubo una nueva sonrisa en el invidente. Esta vez, más que burlona fue divertida.

—Faysal, suponiendo que yo sepa eso, si te lo digo todo ¿de qué cosas íntimas vais a conversar tú y ella cuando os conozcáis?

§ §

En el camino se encontraron con dos centenares de jinetes procedentes de Samarra, que iban para reforzar la mermada escolta del emir Najib al-Wafiq. Adil y Faysal declinaron la invitación para ir a Samarra y descansar allí, porque sería más largo que la ruta por Bagdad y no querían perder más tiempo. Así que antes de Faluya separaron caminos. El emir y su hijo Muntasir se desviaron al norte para Samarra. Faysal y los suyos siguieron hacia Bagdad. Allí permanecieron dos días descansando, luego procedieron hacia Qasr-e Shirin, donde encontraron acampados algunos comerciantes que también llevaban el mismo camino.

Esa noche después de la oración del ocaso, Faysal contemplaba el paisaje y el firmamento desde lo alto de una muralla del castillo de Shirin. Sintió un movimiento cerca, más bien fue una sensación peculiar, y vio a una mujer joven.

Ella tenía cabello largo y negro y llevaba un vestido muy colorido. La joven le sonrió, aunque por la oscuridad él no podía verle bien la cara. Lo que le llamó la atención fueron los ojos. Algún extraño juego de la luz selenita los hacía destacar resaltando sobre la oscuridad del rostro. No había forma de saber el color, aunque le resultaron muy hermosos y llamativos. Por aquella peculiar y profunda sensación que Faysal estaba teniendo, estuvo seguro de que eran verdes. La mujer fue hacia unas escaleras cercanas, se volteó como invitándolo y bajó. Siguiendo un impulso, Faysal fue en pos de ella.

Al llegar abajo, ella estaba esperando. Sonrió de nuevo, comprobó que él la seguía y se volvió a perder tras una esquina. Al llegar Faysal a la misma, ya ella iba calle adelante volteando para verificar. Al final, él desembocó en una pequeña plazoleta y ya no la vio. Un hombre de unos ochenta años y una mujer, de unos diez menos, estaban sentados afuera de una casa. Faysal realizó el saludo de rigor y les preguntó:

—No habéis visto a una joven mujer alta y más bien delgada pasar hace un instante.

—Hace rato que nadie pasa por aquí —dijo el hombre.

—Tenéis que haberla visto. Ella venía por esta misma calle, delante de mí, y usaba un vestido colorido.

—No, no hemos visto a nadie y llevamos bastante rato aquí sentados disfrutando del fresco nocturno.

—Pues no lo comprendo. No hay más calles y ella no ha podido esfumarse en el aire.

—¿Por qué la seguías, joven? Si me permites preguntártelo.

—Tan solo quería hablarle.

—¿Un extranjero musulmán que encuentra a una mujer y la sigue para hablarle? No es algo usual. ¿O es que tú ya la conocías de antes? —le pregunto el anciano.

Faysal respondió:

—No estoy seguro de si ella es la misma que conozco, por eso quería asegurarme. Hasta ahora nunca la había visto completa.

—¿No la has visto completa y aún así crees conocerla?

—Sí.

—Eso suena bastante raro —dijo el hombre.

—Lo sé. Yo tan solo conocía sus ojos verdes.

Ahora se interesó la mujer. Rompiendo su mutismo le dijo:

—Disculpa mi atrevimiento, joven, son esas cosas de la edad. ¿Dices que la mujer a quien seguías es de mediana edad y de ojos verdes muy claros?

—No, ella es muy joven y sus ojos son verdes oscuros, intensos y hermosos, y tiene el cabello negro.

La mujer sonrió y preguntó:

—¿No usa pañuelo de cabeza?

—No.

—¿El cabello es largo y ella tiene la piel blanca?

—Sí, esa misma es la que yo seguía. ¿La conoces?

—¿Cuántas veces la has visto antes de ahora?

—No sé cuántas. Han sido muchas desde hace un año, prácticamente cada noche.

—Así que tú ya llevas un año en eso. Supongo que la habías visto en visiones o en tus sueños, hasta ahora. ¿Es así?

—Sí, ha sido de esa forma. Esta es la primera vez que la veo completa y tan cerca, por eso quería hablarle. Con su actitud me invitó a que la siguiera o eso fue lo que yo entendí. No logré alcanzarla y se me perdió aquí —explicó Faysal.

—Así que todas las veces antes, lo que has visto de ella han sido nada más que los ojos dentro de tu mente. Aquí es que la has visto cerca de ti y completa, en su forma de mujer real.

—Pues sí, lo has resumido muy bien. No pensé que la fuera a encontrar en este lugar, sino mucho más lejos.

—Si tú la buscabas, joven, permíteme decirte que ella te ha hecho una gran concesión. El que tú la hayas seguido deseando hablarle es porque ella te invitó a hacerlo. También porque en tu corazón hay mucho más que simple curiosidad por saber quién es. Ella te lo está diciendo de una manera muy hermosa.

—¿Por qué lo piensas?

—Joven desorientado. Ya que llevas todo un año viendo sus ojos, esa mujer se te ha podido aparecer en cualquier lugar. ¿No lo crees? —dijo la anciana.

—Sí, es cierto. ¿Por qué lo habrá hecho aquí?

—Esa es la pregunta que tenías que hacerte, precisamente. Esta no es una ciudad cualquiera. Estamos en Qasr-e Shirin²².

—Sí, ya lo sé. ¿Qué tiene que ver con ella?

—Tiene mucho que ver, joven, porque ese de ahí es el castillo del amor —dijo la mujer.

—¿El castillo del amor?

—¿No conoces su historia? —le preguntó el anciano.

—No, no la conozco.

—Ese castillo fue construido por Chosroes II para la princesa Shirin. Él fue el último rey sasánida y ella era sobrina de la reina de Armenia —dijo el hombre.

22 Castillo de Shirin.

—Era la hija —lo corrigió su esposa.

—¿No era la sobrina?

—No, era la hija, por eso es que fue princesa.

—Pues yo siempre creí que ella era la sobrina.

—Entonces has estado equivocado toda tu vida —dijo la mujer.

A Faysal le resultaba igual si era hija o sobrina, por lo que les preguntó:

—¿Ese Chosroes fue un gran rey?

El hombre dijo:

—Eso hubiera querido él, pero por lo que se dice fue todo lo contrario: un petimetre, algo indolente y despótico. Él se mantuvo durante toda su vida en guerra contra Bizancio, en lugar de ocupar su tiempo en mejores labores.

Su mujer continuó explicando:

—Según cuentan, parece que en esa relación hubo un triángulo amoroso. Farhad, el maestro tallador de piedra que levantó el palacio para Shirin, era un hombre apuesto. Él se enamoró de ella. No queda tan claro si la princesa terminó correspondiendo a ese amor o no.

Su esposo añadió:

—El caso fue que como las ausencias del rey eran tan largas sucedió lo que tenía que suceder en esos casos. Por ahí se cuentan diversas historias sobre ese romance, que nadie en la actualidad puede afirmar ni tampoco negar. Algunas son opuestas por completo, cada una para complacer el gusto de cada quien, como un cuento que se narra según quien lo escuche. Si acaso todo fue verdad, porque sucedió hace como quinientos años.

—Puede que esas historias sean verdaderas o no, pero ese castillo es muy real —añadió su mujer—. Fue construido para aquella princesa armenia que se casó por amor dejando atrás a su familia y toda su vida. Y ahí se te presentó ella.

—De modo que ese rey se mantuvo en guerra contra Bizancio y su gran imperio —dijo Faysal pensativo—. Un momento,

buena mujer. Tú no me querrás decir que lo que yo he visto es el espíritu de esa princesa Shirin.

—No, no ha sido ella. Shirin no tenía los ojos verdes.

Su esposo dijo:

—No se menciona de qué color los tenía, que yo recuerde.

—Si ella los hubiera tenido verdes se sabría. Si no se mencionan es porque los tenía de un color corriente.

—Sí, es posible.

—La que se te ha manifestado a ti, joven, y tú has seguido hasta aquí, ha sido *La Señora*. Shirin no fue más que una ingenua mujer enamorada y mal retribuida. *La Señora*, en cambio, es la mujer más grande que hay sobre la tierra. Lo que tú viste no fue un espíritu, sino la manifestación de una mujer muy real, aunque ella no haya sido tangible. ¿Me quieres decir cómo fue que sucedió? Yo te ruego que me disculpes el interés. Es que muy pocos hombres la han visto, que se sepa. Hasta donde yo he sabido, ninguno lo ha hecho en las condiciones tan particulares en que tú lo has logrado —dijo la mujer.

—Yo estaba en lo alto de la muralla oriental contemplando el cielo y las montañas y la vi muy cerca de mí —dijo Faysal.

—¿En ese momento estabas pensando en ella?

—Pues sí, eso hacía. Porque ella me está esperando y yo tengo que encontrarla.

El hombre y la mujer intercambiaron miradas y él preguntó:

—¿Tenías que encontrarla aquí?

—No sé dónde será. Estoy confundido porque se supone que iba a ser en un castillo de Persia y también junto al mar. Quizás resulte ser en un castillo junto al Caspio. Ella me sonrió ahora y con su actitud me invitó a seguirla. Supuse que me iba a aclarar dónde sería, por eso es mi confusión por su desaparición.

La mujer dijo:

—A ver. Aclarémonos. Ella te invitó y venía delante de ti por ahí, según nos dijiste, pero no llegó aquí. ¿La viste esfumarse?

—No, no sé qué se hizo. El caso es que vosotros no la visteis tampoco y tuvo que pasar por aquí forzosamente.

—Aunque ella nos pasara por el lado, mi esposo y yo no la habríamos visto —dijo la anciana.

—¿Por qué no?

—Porque esto ha sido una especie de espejismo para tus ojos, para nadie más. Lo que tú viste fue lo que ella quiso darte, quizás con mayor claridad que otras veces. Existe una sola mujer capaz de hacer eso: *La Señora*. Por eso estoy segura de que es ella que te ha querido dar un indicio a la vez que premiarte.

—¿Premiarme? ¿Por qué habrá querido premiarme ella con su visión aquí?

—Quizás sea porque ya te pusiste en marcha, luego de ese año que llevas viendo sus ojos y haciéndote preguntas y conjeturas. Porque tú la estás buscando a ella, según lo has mencionado, ¿no es cierto?

Faysal no contestó y preguntó a su vez:

—Tú dices que ella quiso darme un indicio. ¿Cuál ha sido?

La mujer sonrió, volvió a intercambiar miradas con su esposo y le preguntó a Faysal:

—Dijiste que tenías que encontrarla en un castillo de Persia, ¿no? Pues ya la has encontrado aquí.

—No la he encontrado todavía.

—¿Eso piensas? Aunque no sea de manera física, ¿no te parece a ti que esto ha sido un encuentro preliminar?

—Pues... sí, tienes razón: puede verse de esa manera.

—Ahora viene el indicio que ella te ha querido dar en este encuentro. ¿Dices que ella vino en esta dirección?

—Sí, cruzó todo desde el otro extremo hasta aquí.

—Ella vino desde el este hacia el noroeste y tú la seguiste.

—Exacto —dijo Faysal.

—¿Y hacía dónde vas tú en este momento?

—Hacia Samarcanda.

—Entonces, no sigas buscándola aquí ni en tu camino hacia la lejana Samarcanda. *La Señora* está muy lejos y es en la dirección contraria a la que tú estás yendo.

—¿Por qué lo dices, mujer?

—Porque al mostrarse a ti esta noche te ha querido decir varias cosas. Como ya te dije, pudo haber sido en cualquier otro lugar, pero ella quiso manifestarse precisamente en esta ciudad y en ese castillo, lo cual es muy significativo y lo dice todo muy bien. Una de las cosas que *La Señora* ha querido hacer es mostrarte hacia dónde es que la puedes encontrar si la sigues, que es hacia el noroeste. Si el otro indicio que tienes es que ella está junto al mar, ya lo tienes todo aclarado en sus trazos generales.

—¿Qué más ha querido decirme? —le preguntó Faysal.

—¿No terminas de entenderlo?

—No, buena mujer, lo siento. Quisiera entenderlo, es solo que estoy bastante confundido.

—Eso es muy significativo —dijo ella—. Tú parece ser una persona de gran claridad mental, no alguien que se confunda de tal manera. Eso quiere decir que es ella quién ha puesto un sutil velo sobre tu entendimiento.

—¿Para qué?

—¿Para qué son los velos de muselina?

—Para no ver con claridad lo que está detrás.

La mujer sonrió más ahora y dijo:

—Precisamente. ¿Para qué los usa sobre el rostro una mujer, cuando no tiene necesidad de hacerlo?

—No lo sé.

De una manera un tanto socarrona, la anciana dijo:

—Tú no estarás casado y eres joven, pero sí que lo sabes, no tengas reparos en decirlo.

Su esposo fue quien respondió:

—Lo hace para aumentar el interés de un hombre por ella.

—De modo que eso...

Faysal no terminó de expresarse y sonrió. La mujer también lo hizo nuevamente y añadió:

—Tú eres el más indicado para saber qué fue lo que ella te quiso decir al manifestarse aquí y por completo. Quizás eligió este castillo para decirte que ella también es una princesa como lo fue Shirin, y que vive en un castillo o en un palacio. Dices que ella te está esperando. Ha de ser cierto, ya que en ese castillo de ahí vivió una mujer enamorada que lo dejó todo por el hombre que amaba. *La Señora* te podría estar queriendo decir también algo mucho más hermoso todavía. Tú eres un joven muy afortunado.

—¿También me lo vas a repetir tú? A ver, ¿por qué lo dices, buena mujer?

—Porque has sido elegido por ella.

—¿Acaso sabes quién es? Antes te pregunté si la conocías y no me respondiste —dijo Faysal.

—Sí, yo sé quién es. Todas las mujeres lo sabemos. O al menos las que hemos llegado a mi edad. Aunque lo importante es que lo sepas tú. ¿Sabes quién es ella?

—Pues... yo creo que sí.

—¿Tan solo lo crees? ¿Ella nunca te ha dicho quién es?

—Yo no sé su nombre de mujer.

—Pocos lo saben. Pero sí sabes cómo es que le dicen. ¿No?

—No lo sé de manera directa porque ella me lo haya dicho a mí. Lo hizo a través de una de mis hermanas.

—Fue la más querida de tus hermanas. ¿Verdad que sí?

—Sí. Ella también se le presentó a mi madre, en la noche antes de mi partida en este viaje.

La mujer sonrió otra vez y añadió:

—Eso es algo muy propio de *La Señora*. Pues yo de nuevo te digo que eres un joven muy afortunado. Ella no solo se te aparece a ti, sino que ya está en contacto con miembros femeninos de tu familia, aquellos que más amor sienten por ti.

—¿Para qué?

—Qué poco sabes tú de estas cosas, joven desorientado. *La Señora*, a través de su inmenso amor se está ganando los corazones de tu madre y de tu hermana. Aunque puede ser que ella lo esté haciendo también con los corazones de otros miembros de tu familia, probablemente hombres, aunque ellos no lo sepan.

—¿Por qué?

—¿Por qué o para qué?

—Ambas preguntas —dijo Faysal.

—Para tenerlos de su lado. Tu hermana que recibe sus visiones con mayor claridad es tu incondicional y quiere lo mejor para ti. Ella, que ha de conocerte muy bien, sabe que lo mejor para ti, por encima de cualquier interés, es un amor verdadero que llene tu corazón por completo. Tu hermana, quizás por alguna experiencia, también sabe que no hay un amor mayor que el de *La Señora*. Por su lado, tu madre es la única mujer que puede influir sobre las decisiones de tu padre. ¿No te dice nada todo eso?

—Hasta ahora no, pero gracias a tus palabras estoy comenzando a considerarlo de otra manera —dijo Faysal—. Yo le doy gracias a Alá por haberte encontrado, buena mujer.

—Ha sido la voluntad de *La Señora* quien te ha traído hacia mí. En cumplimiento de su tácita voluntad, que para mí está tan clara, es que te estoy dando estas explicaciones. Es mucho lo que ella te ha querido indicar en esta noche. Entonces, ¿me puedes decir el nombre con que se la conoce? Es nada más que para yo estar segura de que los dos estamos hablando de la misma persona, y de que sabes quién es ella.

—Mi hermana me dijo que esa mujer es *al-Sayyidat al-Ahlám*. La anciana sonrió más y le dijo:

—En ese caso hablamos de la misma mujer. No podía ser otra. Porque mujeres hay muchísimas y señoras de los sueños hay muchas, pero tan solo una es «La Señora de los Sueños». Tú has pronunciado un nombre que para muchos es sagrado. Dichoso eres tú, porque *La Señora* te ha elegido entre todos los hombres

y solo puede ser para una cosa. ¿Te puedo aconsejar algo, apuesto joven afortunado?

—Sí, buena mujer, no faltaba más.

—Concluye lo que vayas a hacer a Samarcanda. Luego regresa y búscala hacia el mar que queda al noroeste de aquí, que eso es lo que, entre todo lo demás, ella te ha querido decir esta noche. Yo agradezco tu presencia porque has traído a *La Señora* a este pobre lugar. Lamento que no vuelvas a pasar por aquí cuando regreses, joven afortunado que vas al encuentro del mayor tesoro que cualquier hombre pudiera desear.

§ §

Aprovechando la compañía y experiencia de la pequeña caravana que estaba en Qasr-e Shirin viajaron hasta Rhages²³. Allí se unieron a otra mayor que iba hacia Samarcanda para asistir al mercado, con lo que el viaje transcurrió con mayor seguridad.

Llegaron al valle de Zarafshan, por el que discurría el río del mismo nombre y se asentaban el gran oasis y la populosa ciudad de Samarcanda en la que, veintidós días antes del equinoccio otoñal, se realizaba el gran mercado anual que duraba siete días.

Lograron encontrar un dromedario macho y una hembra de gran calidad, así como un buen *thani*²⁴ alazán de los tekke que estaban buscando, por el que tuvieron que regatear bastante. También aprovecharon para comprar allí algunos de los regalos que pensaban llevar.

Finalizado el mercado, sin más demora emprendieron el regreso deshaciendo el camino, de nuevo en jornadas de *caravasar* en *caravasar*. En Bujará aprovecharon para comprar varias alfombras de exquisita calidad, que completarían los regalos que llevaban. Realizaban discretas preguntas y buscaban en todos los mercados de ganado que les quedaron al paso, incluso desviándose algo hacia algunas otras poblaciones.

23 Actual Shahr-e Ray (Ciudad de Ray) junto a Teherán, Irán.

24 Potro de tres años.

Para cuando llegaron al oasis de Merv llevaban otros dos buenos dromedarios: un macho y una hembra. Habían visto unos pocos caballo tekke más. Unos no tenían las cualidades que ellos buscaban y un par de ellos, que sí merecían la pena, no se los quisieron vender. Sin embargo, de unos mercaderes recibieron una información que parecía fiable y la siguieron.

A unas cuantas millas del oasis hacia la vertiente oriental de la sierra del Kopet Dag, llegaron a unas colinas rocosas dentro del borde del desierto de Kara-Kun. Detrás de ellas y junto a las aguas del Hari Rud, metidas entre los últimos vestigios de vegetación encontraron tres cabañas y un corral con un macho tekke y cinco yeguas, dos de ellas adultas y preñadas.

Eran animales más bien altos, quizás en el metro sesenta, de patas largas y finas con tendones bien marcados y corvejones muy fuertes. Sus líneas tendían a ser alargadas y muy esbeltas, ligeramente ensillados y con una cruz musculosa. La cabeza era altiva y estaba colocada muy arriba, sobre un cuello largo y delgado que formaba una suave “S”. Las orejas eran largas y finas, colocadas muy altas. Las crines eran escasas y casi no había flequillo; el pelaje era muy sedoso y la piel fina, muy agradable al tacto.

Los seis eran unos magníficos animales y las tres yeguas jóvenes destacaban, dos en particular. Una era de color crema muy claro con destellos metálicos que la hacían parecer dorada. Tenía las crines y cola blancas, y las dos patas traseras calzaban en blanco toda la caña hasta el casco. La otra era de un pelaje castaño oscuro, también con destellos metálicos. Las cuatro patas calzaban en blanco hasta media caña con una igualdad única. Las crines y cola eran también blancas, así como toda la frente y el morro. Eran dos yeguas realmente hermosas y llamativas.

El dueño no manifestó interés en vender ninguna. De manera cortés y firme, dio un rotundo no a cualquier petición de venta. Como ya era tarde para regresar a Merv, el hombre les dijo que podían pasar la noche por allí y ellos aceptaron.

§

Después de la oración del alba, Faysal llevó a *Alí al-'Azam* a abrevar en el río. Tal como tenía por costumbre lo acarició y le habló como si de un amigo se tratara. Aprovechó para cepillarlo y desenredarle las crines y la cola. Le revisó bien los cascos, a fin de estar seguro de que en el talón, ranilla y suela no tenían grietas ni heridas causadas por las piedras. Cuando se volteó, en una de esas, lo estaba observando el propietario de las yeguas. Era un hombre que andaría en los cincuenta y cinco años y tenía larga barba y bigote. Este le dijo:

—Desde que llegaste ayer noté que entiendes mucho de caballos. Tú hermano y tus tíos montan muy buenas yeguas, pero tu caballo es el mejor y lo tratas muy bien. El bocado que usas con él es uno de muy poco efecto sobre la boca, y tú lo accionas con más suavidad que si fueran clavos en las narices de un camello. La confianza que ese caballo te tiene se nota a la legua.

—Yo lo conozco desde que nació. Es el mejor semental de mi padre. Me lo regalo hace unos siete meses.

—Muy merecedor has de ser tú y mucho te ha de querer él para hacerte tal regalo, verdaderamente digno de un sultán. Quizás ambas cualidades confluyan en ti, joven de mirar limpio. Es un animal excelente, fuerte y resistente. Yo estoy seguro de que ha de ser muy veloz.

Faysal dijo:

—Lo es, te lo puedo asegurar. Al día siguiente de regalármelo mi padre, *Alí al-'Azam* ganó la carrera anual que realizamos en mi familia con algunos otros jeques y emires amigos. Esa vez corrimos veinte.

—En ese caso tienen que haber participado animales muy buenos, lo que hace mucho más meritoria la victoria de tu caballo. He visto que lleváis cuatro buenos dromedarios y un hermoso y buen *thani* de esta raza. ¿Dónde los adquiristeis?

—Los conseguimos en Samarcanda —dijo Faysal.

—Quiere decir que venís del mercado anual. En ese caso, yo estimo que debéis de ser criadores.

—Así es. Mis tíos, mi hermano y yo vivimos en la confluencia del río Jabur con el Éufrates, con mi padre y mi abuelo el jeque Tawfiq al-Sharif. Queremos renovar un poco la sangre de una parte de nuestros animales. Hemos ido hasta el sur de Arabia en busca de sementales y reproductoras.

—Dices que tienes caballos árabes de buen linaje. ¿Los vas a mezclar con otros?

—No, eso ni pensarlo. Para mantener su pureza, esas líneas no se tocan. También tenemos muy buenos caballos sirios y hay algunos que queremos cruzar.

—Los sirios son caballos muy buenos. Se dice que no tienen nada que envidiar a los caballos de Arabia —dijo el hombre.

—Sí, son muy buenos y tienes razón en lo que dices: no tienen nada que envidiarles. Con los cruces que buscamos, quizás nosotros consigamos un producto tan notable que pueda iniciar su propia línea sanguínea. Por eso estábamos tan interesados en la raza que tú tienes. Vinimos buscándola expresamente.

—Habéis hecho esfuerzos muy grandes en viajes tan largos. Solo quienes aman a los caballos son capaces de emprender aventuras tan azarosas. Ahora que sé que habéis venido desde tan lejos, yo lamento mi negativa de ayer. Sois muchos y recelé. Quise estar seguro de quiénes erais y lo que pretendéis. Algunas personas han llegado hasta aquí queriendo comprar mis animales. Ellos solo querían hacer un buen negocio vendiéndolos luego, sin importar el destino. Ninguno los quería para sí mismo.

—No te preocupes, buen hombre, que te entiendo muy bien. Tienes unos animales excelentes y les has tomado cariño. Yo no vendería jamás a mi caballo por ningún precio. Lamento muchísimo tu negativa. Para serte completamente sincero, aunque es algo que un comprador jamás debería decir, estábamos dispuestos a hacer nuestro mejor esfuerzo por las tres potras. Son lo que

vinimos buscando y no hemos visto otras iguales. Lamentaré mucho irme con las manos vacías.

—Gracias por tu sinceridad, dice mucho de ti. Esos seis que yo tengo son líneas muy puras de los Tekke, de cuya tribu desciende mi bisabuelo. Están criados en este desierto. Tú no conseguirás por todo el Turkmenistán ni territorios vecinos, quien te venda un buen caballo de esta raza tan antigua y pura, así como muchas tribus árabes no venden los suyos a extranjeros.

—Sí, lo sé. Ya pasamos por ello. Encontramos algunos caballos viniendo de Samarcanda, pero no nos los vendieron, al igual que tú. Fue un golpe de suerte que hayamos podido conseguir el *thani* en el mercado o regresaríamos con el viaje perdido.

—Estos caballos son muy veloces, buenos saltadores y dotados de una resistencia única —dijo el hombre—; excelentes para las carreras de fondo en todos los terrenos, y para largas y rápidas incursiones de combate o de rapiña. Como estoy seguro de que también lo es tu caballo. Yo no cambiaría a ninguna de mis yeguas por una de las mejores árabes; con eso te digo todo.

—Sí, te comprendo bien. Yo sé lo que es sentirse orgulloso de lo que se tiene, cuando el producto es tan bueno. Y tus seis animales lo parecen. Como te dije, yo no cambiaría a mi caballo por ningún otro. Lamento tu negativa, porque tus yeguas me han gustado mucho. Yo le pido a Alá que puedas deleitarte en ellas por el resto de tus días.

—Muchas gracias por tus buenos deseos. Tú me has caído bien, joven Faysal al-Akram, por eso te voy a hacer un par de confianzas. Anoche estuviste en mis sueños montando en una de mis yeguas por ese desierto. Las otras te seguían sin perderte la huella, y todos los caballos que todavía quedan salvajes se fueron uniendo hasta formar una gran manada, cuya nube de polvo llegaba hasta el cielo. Todos querían estar contigo. Como suele ocurrir en los sueños, cuando la polvareda pasó ya no eras tú, sino un hombre y una mujer igual de jóvenes. No tenían más de veinte

años. La gran manada los rodeaba buscando sus caricias con más ansias que si buscaran agua o sal. Él montaba en un caballo negro y ella en una yegua blanca, y sobre ellos daban vueltas trece halcones. Faysal al-Akram, en la comprensión del sueño supe que eran tus hijos, unos jóvenes muy hermosos y de ojos tan verdes como la hierba en primavera. Luego desaparecieron y volviste a quedar tú sobre tu caballo.

—Ese fue un sueño muy hermoso. Me siento honrado por que me hayas visto con un par de hijos tan hermosos los que dices, aunque yo no tengo ojos verdes.

—Así son los sueños. Aunque quizás los tenga la mujer con que te cases. Hubo algo más que ya es solo para mí. Por ese sueño es que estamos hablando. Faysal, cuando uno tiene un hijo o una hija a quien ama quiere lo mejor para él. Para la hija se desea que la despose un hombre de nuestra misma raza, para que los nietos sean lo que esperamos de ellos. Pero de vez en cuando puede llegar un extranjero, un gran hombre, que en cuanto uno lo vea piense de inmediato: este sí que sería un excelente esposo para mi hija y padre para mis nietos.

—Sí, te entiendo también en eso —dijo Faysal—. Yo espero que digan eso de mí cuando halle a la mujer que busco, y que al pedirla por esposa no encuentre oposición en sus padres.

Aquello hizo reír al hombre, que añadió:

—Ahora soy yo quien le pide a Alá, bendito sea su nombre, que suceda según tú lo deseas. Si el padre fuera yo, tendrías mi aprobación asegurada. Estas yeguas son como mis hijas y, como te he dicho, son líneas puras. Mis caballos no son para cualquiera. El *thani* que llevas es muy bueno, que en nada desmerece a los míos. La otra confidencia que quería hacerte es que, admirando la gran calidad de tu caballo, siento una gran curiosidad. Me gustaría saber qué animal tan extraordinario podría salir del cruce entre él y una de mis yeguas.

—Yo también me he estado preguntando eso —dijo Faysal.

—A ti te han gustado las tres potras, particularmente las dos jóvenes. Tienes un ojo excelente y no las encontrarás iguales; no por estos lados ni en mil leguas a la redonda. Yo vendo un animal cada año, a veces cada dos. Con eso tengo más que suficiente porque poco es lo que necesito para vivir; como puedes ver, aunque el dinero no es algo que me sobre. Claro que es más fácil ocultar y cuidar una bolsa de oro que un caballo. Sin embargo, para mí es más satisfactorio contemplarlos a ellos que a un montón de relucientes monedas de oro.

—En eso te entiendo muy bien, aunque los hay que prefieren lo segundo.

—Sí, es cierto, pero esos codiciosos no viven, tan solo existen en su mísera avaricia. Faysal al-Akram, en mis sueño sentí que podía confiar en ti, y que mis yeguas estarían contigo tan bien como conmigo mismo. Eso es lo que estoy sintiendo desde que hace rato te observo cuidar a tu caballo. Quizás tú y yo podríamos hacer negocio.

—Caramba, la verdad es que no me esperaba esto.

—Al *kárib*²⁵ no lo vendo, porque en su próximo celo esa yegua ya estará completamente madura para su primer cruce. A mis dos yeguas madres les saco cría cada dos años solamente, alternándolas. Esta vez tuve un descuido y el padrote las cubrió a las dos. Por eso me interesa sacar a las dos jóvenes. ¿Quieres montarlas para que las pruebes?

—Sí, me agradecería mucho verlas mejor y probarlas un poco para sentir el paso que tienen.

—Y yo quiero que mi sueño comience a cumplirse viéndote cabalgar por aquí en una de mis yeguas.

Fueron hasta el corral y el hombre sacó a la mayor de las dos yeguas más jóvenes. Era *raba'in*²⁶.

—¿Cuál es su madre? —preguntó Faysal.

—Aquella de su mismo color.

25 Potro de cinco años.

26 Potro de cuatro años.

Faysal revisó a la madre y luego a la hija. Después revisó a la pequeña y dijo:

—Supongo que la madre de esta es la otra.

—En efecto.

—Permite que esta *hawlt*²⁷ venga al lado, no será necesario que yo monte en ella.

—¿Té va bien esa silla de ahí o prefieres usar la tuya?

—No será necesaria una y con la jáquima que lleva me basta.

El hombre le entregó las riendas de la yegua mayor y le ofreció una fusta que Faysal rechazó. Montó a pelo y salió al paso de la yegua, que era seguida por la otra joven. Las hizo subir y bajar la colina. Luego las puso al trote y al galope y dio unas cuantas vueltas. Un rato después regreso, desmontó y dijo:

—Están en muy buena forma física.

—Ellas tienen todo este desierto para correr. Mis dos hijos y yo nos encargamos de ello —dijo el hombre.

—Esta es una excelente yegua de silla con un paso firme y suave y un buen trote. La *hawlt* también se ve estupenda, con un andar muy armonioso. Estoy seguro de que tendrá similares cualidades que esta. Las dos son excelentes, justo lo que nosotros queremos. Me siento muy complacido.

—Mucho más complacido me siento yo de que hayas rechazado la fusta. Si la hubieras usado para golpear a esa yegua no te vendería nada. Alguien que diga ser jinete, y no logre que uno de estos briosos caballos galope y haga lo que él quiera sin necesidad de fusta ni espuelas, por más suaves que las use, no sería merecedor de estas yeguas. A ellas no hay que pedirles que corran, sino llevarlas aguantadas para que no lo hagan. Ellas tan solo conocen lo que son las caricias de mi mano y el cariño de mi voz. No saben lo que es un grito destemplado, una reprimenda ni mucho menos un azote. Tú me has caído muy bien, joven Faysal. Yo te las vendo bajo una única condición.

27 Potro de dos años.

—Tú dirás.

—Como te dije, cuando uno entrega a una hija amada a un hombre es porque él reúne ciertas cualidades, que como padres nos satisfacen. No es para luego enterarnos de que nuestra hija terminó en la jaima de otro muy distinto. Yo te las vendo si tú me prometes no vendérselas a nadie. Haz lo que quieras con los hijos que ellas tengan, pero jamás vendas a mis hijas. Yo las dejo al cuidado de tu mano cariñosa y noble, no a las de otro hombre que no puedo saber quién será ni el trato que les dará.

—Está bien, acepto: tienes mi promesa solemne en ese sentido y Alá es mi testigo.

—Muy bien, con eso me basta. Yo conozco un hombre de honor cuando lo tengo ante mí. Ahora puedes llamar a tus tíos y a tu hermano. Tomemos café y veamos si llegamos a un acuerdo en el precio.

—Si lo logramos te pediré un favor —dijo Faysal.

—Tú dirás.

—Que me dejes frotar a sus madres y a la otra yegua con un par de trapos, para que se impregnen de sus olores.

—¿Con qué propósito?

—Los usaré para dejarlos junto a las dos yeguas cuando acampemos, a fin de que ellas no extrañen a las otras mientras se acostumbran a la compañía de nuestros animales.

El hombre sonrió de nuevo y le dijo:

—Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

Cuando Faysal, su hermano y tíos se marchaban con sus hombres llevaban con ellos a las dos hermosas y magníficas yeguas.



FIN DE LOS CAPÍTULOS DE VISTA PREVIA.

